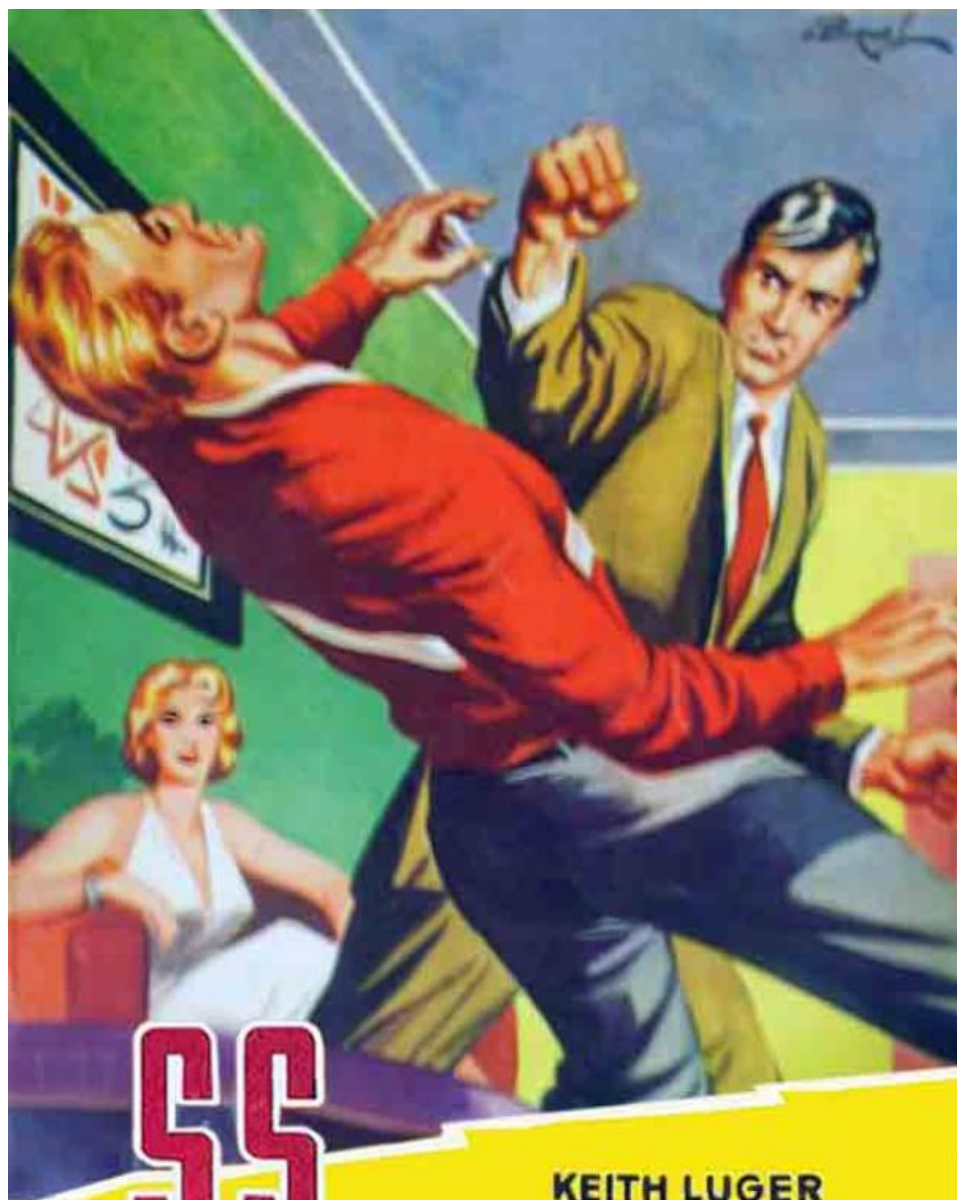




SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

DINERO MALDITO

Yo estaba contemplando la foto de *Miss Universo*, y lo hacía en la actitud adecuada. Sentado en la silla, con los pies sobre la mesa, suspirando profundamente. Y en ese instante se abrió la puerta y entró Burt Stone.

Burt no podía competir con *Miss Universo*.

—¡Fuera! —Le lancé por la comisura de la boca.

Pero Burt no se dio por aludido y se puso a andar hacia mi mesa, dándole vueltas al sombrero entre las manos.

—Oye, Johnny, es cosa de un minuto.

Conocía sus minutos.



Keith Luger

Dinero maldito

Bolsilibros - Servicio Secreto - 429

ePub r1.0

Lds 11.03.19

Título original: *Dinero maldito*

Keith Luger, 1958

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

DINERO MALDITO

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1958

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Yo estaba contemplando la foto de *Miss Universo*, y lo hacía en la actitud adecuada. Sentado en la silla, con los pies sobre la mesa, suspirando profundamente. Y en ese instante se abrió la puerta y entró Burt Stone.

Burt no podía competir con *Miss Universo*.

—¡Fuera! —Le lancé por la comisura de la boca.

Pero Burt no se dio por aludido y se puso a andar hacia mi mesa, dándole vueltas al sombrero entre las manos.

—Oye, Johnny, es cosa de un minuto.

Conocía sus minutos.

—¡Largo! —repetí—. Apesta como mía destilería de *whisky*.

Burt puso una cara compungida.

—¿Yo, Johnny? —Se tocó el pecho con el dedo pulgar—. No lo pruebo desde hace una semana. Te lo juro.

Conocía también sus juramentos. Hice una mueca y dejé al lado, sobre la mesa, la revista. Me dirigí a él con voz cansada.

—Oye, Burt, no puedo hacer nada por ti. Estoy sin blanca, liquidado, Kaputt.

—Oh, Johnny, hoy no se trata de un sablazo —sonrió mostrando sus dientes—. Es un informe, un buen informe. Y te costará muy poco. Veinte miserables dólares.

Cerré los ojos y conté hasta diez. De momento logré contenerme. Miré otra vez a Burt.

—Oye, conozco cada uno de tus mil trucos para sacar el dinero al prójimo. Confieso que eres muy hábil. Por algo te llaman Scaramouche, el mejor tipo que maneja la espada en Nueva York. ¡Pero entérate de una vez! En cada oportunidad que te he largado unos cuantos billetes no ha sido a cambio de tus supuestos

informes. Sabía perfectamente que eran basura. Unicamente lo hice porque siempre me has resultado simpático. Pero ahora no puedo echarte un cable. ¡Vete al infierno con tu noticia de veinte dólares!

Por primera vez en mi vida vi a Burt con el rostro blanco como el papel. Sus ojos, rodeados de grandes bolsas, estaban fijos en mi cara. Su frente se arrugaba y por un momento pareció no saber cómo replicar. Finalmente inició una sonrisa y dijo:

—Perdona, chico. Yo también sabía eso. Soy una miseria. Después de todo, quizá tengas razón respecto a mi informe — sacudió la cabeza.

Los segundos que siguieron se me hicieron insoportables. Lamenté haberle hablado en la forma que lo hice. Lo había herido.

Retrocedió andando de espaldas hacia la puerta y levantó una mano.

—Ya nos veremos, ¿eh, Johnny?

No esperó mi respuesta. Giró rápidamente y desapareció.

Me quedé un rato mirando la puerta cerrada. Luego solté una maldición y volví a ocuparme de *Miss Universo*. Burt me había interrumpido cuando mis ojos llegaban a la altura de los hombros de la nena.

¡Infiernos! ¿Por qué había tenido que tratar así a Burt? Hubiese bastado con decirle que me pillaba sin plata. Eso sencillamente. ¿Por qué descubrirle su lacra?

Ya estaba de mal humor y él lo había pagado. El director del periódico me había llamado la atención sobre mis siete anticipos, la escasa originalidad de mi columna de la tercera página en los últimos quince días y la falta de tacto con que había tratado a la hija de nuestro editor, el señor McCarey, al rechazar su invitación para que la acompañase a tomar el té.

Bueno, todo ello era verdad. Los siete anticipos, la vulgaridad de mi columna y mi absoluta inelegancia en mi trato particular con la señorita McCarey. Pero cada cosa tenía su explicación. Pedí adelantos para vivir mi vida, porque con lo que me pagaban como redactor no tenía bastante. Escribía rutinariamente durante las últimas semanas porque quizá había volado de mí la inspiración, y en cuanto a la señorita McCarey... ella jamás sería aspirante al título de *Miss Universo*.

Y el pobre Burt Stone había sido mi paño de lágrimas.

Arrojé la revista sobre la mesa, me puse en pie y salí del despacho. Llamé con los nudillos a la puerta de la habitación adyacente, pero entré sin esperar la voz que me autorizase a ello.

Jayne Foreman se estaba subiendo una media y con un notable desprecio por mis opiniones artísticas, dejó rápidamente caer la falda y arruinó la representación.

Jayne era alta, rubia, bien formada, de rostro bello y sensitivo. Una exquisita criatura. En el *Star*, no firmaba con su nombre. Era *madame* Myrian, a cargo del consultorio sentimental. Si uno leía sus consejos podría apostar a que *madame* Myrian era una vieja cincuentona con dentadura postiza, gafas de alta graduación y voz detonante. Pero Jayne no era nada de eso.

Levanté la mano a guisa de saludo y le sonreí. Ella no levantó la mano ni sonrió. Se cruzó de brazos, levantó la barbilla y me miró con una pequeña arruga entre sus dos cejas, unas cejas en arco maravillosas.

—¿Podría aconsejarme, *madame* Myrian? —pregunté y sin esperar la réplica negativa que aleteaba en sus labios proseguí rápido—: Soy un modesto trabajador que está completamente chiflado por una compañera. Resulta que ella parece no darse cuenta de nada, a pesar de que procuro ser lo más claro posible respecto a mis sentimientos. Ella se comporta como si estuviese sentada en un trono y yo me hallase al pie del último peldaño. ¿Qué debo hacer, *madame* Myrian?

Jayne se cogió la barbilla con la mano, el dedo índice sobre la comisura de los labios y contestó:

—La actitud de esa mujer con respecto a usted puede obedecer a varias razones. Quizá a ella le parece usted demasiado voluble. Es posible que ella sepa que usted va de unos brazos femeninos a otros con demasiada ligereza. Acaso usted la ha plantado más de una vez, después que venció su supuesta resistencia a concederle una cita, y también es posible que ella se haya cansado de usted y de sus promesas.

Inmediatamente Jayne dio media vuelta, ocupó su sillón ante la mesa y, depositando la mirada en unos papeles, dijo:

—Eso es todo, señor Holden.

Yo sonreí aunque tenía muy pocas ganas de hacerlo.

—Eres la más hermosa adivina que he conocido.

Ella levantó la mirada e hizo una mueca.

—Johnny, tengo mucho trabajo. Te agradecería que te marchases.

No me marchó. Hice simplemente lo que deseaba.

Me senté sobre la mesa, me incliné sobre Jayne y, como tuve a favor que ella no se movió, la besé en los labios, que había dejado entreabiertos. Luego me separé y dije:

—Nena, olvida el pasado. Es un consejo que todos los días facturas a tus quejosos consultantes. Utilízalo una vez para ti.

Jayne abanicó las pestañas y estuvo a punto de armar un huracán. A continuación puso sus manos sobre mi pecho y me empujó. Simplemente eso. Traté de buscar apoyo, pero fallé por unas pulgadas. Caí fuera de la mesa y golpeé la cadera contra el suelo. Me levanté limpiando las manos en las perneras del pantalón.

Como si no hubiese ocurrido nada, Jayne prestaba atención a sus papeles. Quizá era alguien que le preguntaba acerca de lo que debería hacer para enamorar al vecino de enfrente.

—No dije nada. Giré sobre mis talones y me dirigí hacia la puerta. Con ésta abierta me volví de pronto y la apunté con el dedo, pero no me dejó hablar.

—Cierra, Johnny. Hay corriente.

Sacudí la cabeza, salí del despacho y cerré a mis espaldas.

Era un día bueno. Todo fracasos. Si continuaba así me vería viajando por el país en un mercancías.

Bien; ¿no dicen que el trabajo lo cura todo?

Me senté ante la máquina y empecé a pulverizar el teclado. No me gustó lo que estaba escribiendo. Saqué el papel, hice una bola y la arrojé al suelo.

Traté de dar presión a mi cabeza con un trago de *whisky*. No sirvió para nada. Fumé tres cigarrillos yendo de una pared a otra. La voz de mi conciencia me susurraba:

«Estás acabado, Johnny. Total y absolutamente acabado. Eres incapaz de sacar chispa al menor suceso. Tu puesto no está aquí arriba en una oficina del *Star*, sino abajo, en la calle, voceándolo. No eres periodista. Nunca lo fuiste. Fue muy fácil para ti al principio. Asesinaron a tu vieja patrona de la pensión y tú solamente diste con el asesino porque era tu compañero de cama. Y el compañero resultó que hablaba en sueños. Se traicionó él mismo.

Te limitaste a copiar su inconsciente declaración y luego te presentaste en el *Star* con ella. Fue él, el asesino, quien se ganó el empleo, no tú...».

¡Y un cuerno! Era cierto que así había empezado, pero ¿y lo demás? ¡Infiernos! Los viejos del periodismo habían vaticinado que algún día yo sería premio Pulitzer y esos tipos rara vez se equivocan.

«Depresión moral, Johnny, eso es todo. Sólo necesitas un esfuerzo para superar la crisis, buscarte un punto de apoyo... Pero ¿cómo, Johnny...? ¿Adónde, Johnny?

Estaba buscando una respuesta, cuando el teléfono se puso a repiquetear. Alcancé el auricular y me lo eché a la cara.

—Aquí Johnny Holden, del *Star*.

—Eh, Johnny... Soy yo, Burt.

Cerré los ojos agradeciendo que me hubiese llamado.

—Burt, olvida lo que te dije, ¿quieres? Me pillaste en un mal momento.

—Eso está olvidado —me di cuenta de que su voz jadeaba como si acabase de hacer una larga carrera—. Escucha, muchacho. Se trata del informe a que me refería en tu despacho. Hay un par de tipos que me pisan los talones. Ha resultado dinamita.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Hablas en serio, Burt?

—Siempre soñé con obtener una buena noticia para ti, muchacho. Te portaste bien conmigo.

—Deja eso, Burt. ¿De qué se trata?

Hubo un silencio.

—¡Ya están aquí, Johnny! —Su voz se tornó temblorosa—. ¡Si al menos tuviese suerte y no me vieses!

—Por lo que más quieras, Burt. Suéltalo. ¿Qué es?

Nueva pausa interrumpida por el ruido de sus piernas.

Me le figuré metido en una cabina de cualquier suburbio, acurrucándose contra la pared para no ser visto a través de los cristales.

De pronto su voz sonó como un restallido.

—¡Me han visto, Johnny! ¡Vienen hacia aquí, tengo que marcharme...! ¡Si me pasa algo dirígete a Frank Sullivan, bar Canary!

Colgó sin darme tiempo a preguntar nada más. Yo me quedé inmóvil, el auricular pegado a la mejilla, sin saber qué hacer. No podía ser una broma de Burt.

¿Llamar a la policía? Estupendo. ¿Qué les podía decir? Oiga, sargento. Un tipo me acaba de anunciar que dos hombres lo están siguiendo». Para carcajearse. Y si luego les decía quién era el fulano, Burt Stone, la cosa se convertiría en un número humorístico. Burt tenía un buen prontuario. Había sufrido una docena de encierros por sus múltiples timos y en otras quince o veinte ocasiones había sido absuelto. ¿Qué de particular tenía que lo siguiesen? Quizá era alguna de sus víctimas que lo había reconocido al tropezarse con él en la calle y trataba de buscarle complicaciones.

No; tenía que dejar a la policía quieta.

Colgué el auricular en la horquilla y me dije que lo único que podía hacer en favor del viejo Burt era buscar a aquel Frank Sullivan.

Hice mi columna diaria a la mayor velocidad. Conté a mi probable pequeño número de lectores tres tonterías acerca de las actrices de moda, me metí con el fiscal del distrito, con el jefe de la policía y con el alcalde y puse mi firma abajo con harto dolor. Imaginé la cara que pondría el director cuando leyese aquel *puzzle* carente de ingenio.

Saqué la hoja del rodillo y pasé de nuevo al despacho de Jayne. Esta vez no llamé a la puerta. Pero esta vez ella continuaba sentada ante la mesa contestando a su numerosa clientela.

—Oye, nena —le dije acercándome—. ¿Quieres entregar mi trabajo al ogro?

—¿Otra vez? —retrucó dignándose levantar sus ojos hacia mí—. ¿Tanta vergüenza te produce?

Me hizo más daño que si me hubiese enviado la flecha impregnada con «curare».

—Se me ha presentado un trabajo extra. Algo bueno. Ya puedes dar por seguro que dentro de unos días el ogro arrojará una tonelada de flores a mi paso.

—De acuerdo, talento... Pero procura que no se te suba a la cabeza.

Así, pues, ella creía que yo iba a beber. Hice un gesto de resignación y me largué con viento fresco.

El bar Canary era un lugar que yo había visitado un par de veces. Conocía a la gente que iba allí. Era una especie de sucursal del existencialismo francés. Pintores, poetas, escritores... Si uno se fiaba mucho y tenía un poco de dinero, en el Canary podía adquirir una docena de obras geniales, de las que pasan a la posteridad. Cuadros, poemas, novelas...

Me sentó en un taburete e hice una seña a un mozo que necesitaba un buen corte de pelo. Le pedí un *whisky* y después de servírmelo inicié mi encuesta.

—Quiero hablar con Sullivan, Frank Sullivan.

Se quedó pensativo mirando al techo.

—¿Sullivan...? Oh, sí. Peter Sullivan, un tipo como no hay otro. De vez en cuando se acerca por aquí con uno de sus trabajos —sonrió con buen humor—. Hace un par de días trajo un trozo de piedra con un agujero. Sólo eso, se lo juro. ¿Y sabe lo que era?

Guardó silencio para darle su oportunidad. Se inclinó sobre mí y prosiguió sonriente:

—Agárrese, amigo. Figúrese, un trozo de piedra con un agujero. Pues bien; él lo llama:

La Gran Huida de Moisés.

Esperó el efecto y se decepcionó al ver que no soltaba la carcajada.

—Me temo que no es ése el Sullivan que me interesa —alegué.

—No hay otro. Yo, al menos, no lo conozco.

—¿Por qué no investiga acerca de sus compañeros? —Hice la pregunta como se deben hacer estas cosas, mostrando unos billetes de a dólar.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se marchó.

Entretanto, bebí el contenido de mi vaso. Estaba encendiendo un cigarrillo cuando vi acercarse por el otro lado del mostrador a un fulano que no era el de antes. Tenía la nariz doblada y mostraba en el mentón una pequeña cicatriz. Era robusto. En todos los lugares públicos son necesarios los matones.

—Aquí no hay ningún Frank Sullivan —me dijo como si quisiera darme un mordisco—. Nunca lo hubo.

Lo miré fijamente a los ojos y repliqué:

—Quizá ha venido alguna vez y usted no conoce su nombre. Es posible que usted sepa de quién se trata y no quiera decírmelo.

Personalmente me quedo con la última hipótesis.

Hubo un silencio.

—¿Quiere otro *whisky*? —preguntó dando un bostezo.

Le dejé un dólar en el mostrador, bajé del taburete y busqué la salida.

Ya en la calle encendí un cigarrillo y me puse a andar.

No, no me gustaba aquello.

Veinte minutos más tarde me encontraba pulsando el timbre de una puerta.

Yul Heflin me abrió hiriéndome los ojos con su camisa de colores chillones.

Yul es un pintor abstracto, de esos que hacen una veintena de rayas, llenan la tela de unos cuantos manchones amarillos, verdes, rojos y negros y luego dicen muy serios que acaban de hacer el retrato de una madre con un hijo en brazos.

Sus labios se distendieron en una elocuente sonrisa al verme y me tendió la mano lanzando un grito.

—¡Infiernos, Johnny! ¿A qué se debe el acontecimiento?

Cambiamos un fuerte apretón y me hizo penetrar en el estudio.

La habíamos corrido juntos en la pensión donde se incubó mi fama, ya saben, la de la patrona que fue asesinada por nuestro compañero sonámbulo. Como siempre sucede, nos preguntamos qué tal iban nuestras vidas y, cuando dimos la respuesta de rigor, que nos iba de primera, entré en materia.

—Oye, Yul, creo recordar que tú frecuentas el bar Canary.

—Desde luego. Un simpático rincón. Voy allá tres veces por semana. Exactamente los martes, jueves y sábados. ¿De qué se trata?

—Quisiera hablar con un tal Frank Sullivan.

Me miró con el ceño fruncido mientras pensaba.

Finalmente sacudió la cabeza de un lado a otro y dijo:

—No. No es de nuestro movimiento.

—No he dicho que pertenezca a vuestro grupo. Simplemente me dijeron que lo podría encontrar allí. Me dejé caer por el local hace un rato y los empleados no me ofrecieron mucha colaboración. Me hablaron de un tal Peter Sullivan, pero no es el tipo que me interesa.

—Frank Sullivan —repitió mordiéndose una uña. De pronto hizo

chasquear los dedos—. Ahora caigo. Es un taquígrafo.

—¿Un qué? —Lo había oído perfectamente, pero la noticia me dejó sorprendido.

—Lo que oyes, muchacho. Ahora lo recuerdo perfectamente. Allí trabaja una cajera que se llama Margot Sullivan. Una chica simpática y agradable. Muchas curvas —gesticuló gráficamente con las manos—. La he invitado un par de veces a cenar. Nos encontramos con su hermano una noche... Es el tipo que te interesa. Luego nos hemos saludado en alguna ocasión en el Canary. Margot me dijo que es un taquígrafo de primera categoría. No tiene empleo fijo. Unos cuantos hombres de negocios conocen su dirección y lo llaman por teléfono cuando necesitan sus servicios. Ya entiendes, asuntos reservados que los propios jefazos prefieren que ignoren sus empleados.

Aquello me gustaba cada vez más. Había campo para pensar en muchas cosas.

—Quisiera entrevistarme con él, Yul.

—Puedo concertarte una cita para mañana.

—Ha de ser hoy, ahora.

Arrugó los ojos.

—¿Ahora mismo?

—Eso es lo que he dicho.

Parpadeó unas cuantas veces y finalmente se acercó al teléfono, diciendo:

—Veremos lo que puedo hacer —marcó un número y empezó a hablar—: ¿Margot? Aquí Yul Heflin, nena. Oye, sólo te llamo porque aquí tengo a un amigo que desea hablar con tu hermano... ¿De viaje...? Está bien, se lo diré. Mala suerte para él, nena. No tiene importancia. Te veré luego. Eres un sueño.

Colgó y me mostró las palmas de las manos.

—Lo siento, Johnny. Frank está en San Francisco. Se marchó hace tres días.

Permanecerá allá un par de meses. Es lo que me ha dicho su hermana.

—¡Y un cuerno! —exclamé—. Frank está en Nueva York.

—¿Cómo lo sabes?

—Quiero hablar con Margot. Dame su dirección.

—Oye, Johnny, no quiero ningún lío. La chica me aprecia...

—No te preocupes —le atajé—. Continuarás disfrutando tus dividendos.

Titubeó todavía unos segundos, pero finalmente me dio la dirección.

Antes de salir de su estudio insistió repetidas veces en que no le buscara complicaciones con Margot.

Salí a la calle y cuando me dirigía al coche me di cuenta de que yo era uno de los seres más estúpidos de la tierra.

Me estaban siguiendo. Al salir de la casa dirigí la mirada inconscientemente hacia arriba y vi como un tipo bajaba rápidamente la cabeza al diario que tenía entre las manos. Menos mal que mis reflejos estuvieron a la altura de las circunstancias. Me metí en mi «Ford» y lo puse en marcha como si no me hubiese apercibido de nada. Lo saqué del cordón y poco después rodaba por el centro de la calle.

Así, pues, llevaba detrás de mí un par de sabuesos y eso era algo que tenía que haberse iniciado cuando abandoné el edificio del *Star*. Tal pensamiento me produjo un ligero escalofrío. Burt Stone me había complicado en aquel asunto, a pesar de que yo continuaba en la más absoluta ignorancia. Sólo le bastó con introducirse en mi oficina. Naturalmente, él llevaba tras de sí a un perro de presa. Ahora éramos tres los encartados. Burt Stone, Frank Sullivan y yo. Era seguro que ellos dos sabrían a qué atenerse, pero ¿qué infiernos bailaba yo en aquel «cotillón»?

Me dirigía al apartamento de Margot Sullivan, pero no podía hacerlo en compañía. Necesitaba aligerarme de peso.

Miré por el espejo retrovisor. El deportivo negro corría detrás de mí. Y probablemente al volante del vehículo iría algún tipo especializado en aquellos menesteres. Pero yo no era mal conductor y sabía unas cuantas tretas.

Empecé a ponerlas en práctica. Primero me divertí un rato. Pisaba a fondo el acelerador y ellos me seguían como locos. Cuando estaban a punto de darme alcance dejaba correr el coche a una velocidad discreta. Luego vuelta a empezar. Así nos tiramos una buena media hora, el tiempo que invertí en salir de Nueva York para correr por una de las carreteras del Norte.

La aguja del velocímetro ascendió rápidamente a los ochenta. Pasé unos cuantos vehículos realizando escalofrantes maniobras,

pero sabía que eso no era bastante para que el deportivo me perdiese de vista. Su conductor conocía bien aquel camino. Unas doce millas más arriba se encontraba un restaurante donde había llevado en media docena de ocasiones a la angelical criatura de tumo. Era precisamente allí donde quería vérmelas frente a frente con Jayne, pero siempre había fracasado en mi intento.

A dos millas del restaurante nacía un camino vecinal. Si andaba listo, sería el lugar indicado para desprenderme de mis perseguidores.

Saqué el máximo partido de mi «Ford» 53. Frené ligeramente al llegar a la bifurcación y doblé el volante cuanto pude. El chasis crujió metálicamente y sentí como las dos ruedas de la izquierda se levantaban en el aire. Cerré un instante los ojos y me encomendé al cielo. Luego me encontré corriendo por el camino polvoriento como si nada hubiera ocurrido. Doblé otra vez junto a unos árboles y me detuve. Oí el ruido del deportivo que pasaba carrera adelante. Retrocedí como una centella y emprendí el regreso a Nueva York. Me dirigí al domicilio de Margot Sullivan.

Yul Heflin me había dado una descripción completa de cómo era la joven. Una pura sucesión de curvas. Además de ello poseía un rostro muy atractivo, ojos almendrados, pómulos salientes, y hocico a lo Brigitte Bardot. Una auténtica monería. Pensé que no duraría mucho como cajera en el Canary. Le habría bastado solamente con un día. Pero ella era una muchacha ambiciosa, de las que pican alto, y sólo se conformaría con abrigos de visón, una piscina del tamaño del lago. Michigan y un par de «Cadillac» para que hiciesen juego con el color rubio de su cabello y el verde de los ojos.

Cuando me abrió la puerta, se cubría con un suéter blanco, pantalones de pijama azul eléctrico y zapatos de talones altos.

Nos medimos de pies a cabeza recíprocamente y ella debió imaginar que yo no era un magnate. Mi viaje por el camino me había cubierto de polvo y no tuve tiempo para cepillarme.

—Soy Johnny Holden, el amigo de Yul.

En sus dos ojos apareció un relámpago de cólera.

—Ya le advertí que mi hermano no se encuentra en Nueva York.

—Yul me dio el traslado, señorita Sullivan, pero yo he pensado que usted podría contestar en lugar de Frank.

Lo dudó un par de veces, pero, finalmente, de muy mala gana

me indicó que podía pasar.

Llegamos al *living room* y nos sentamos, yo en el extremo de un diván y ella en un sillón cercano.

Saqué el atado de cigarrillos y se lo ofrecí. Ella negó con la cabeza. Yo encendí y arrojé una bocanada de humo. Seguidamente le lancé mi primera pregunta.

—¿Habló usted con su hermano antes de que él emprendiese su viaje a San Francisco?

—Sí, desde luego.

—¿Le contó él la razón exactamente por la cual se marchaba a aquella ciudad? —Me dijo que lo había contratado un guionista cinematográfico. Estará con él un par de meses, hasta que termine su guión. Luego regresará a Nueva York. Parecía contento porque el autor en cuestión le iba a pagar muy bien su trabajo.

—Quisiera conocer la dirección del artista. Así podría establecer contacto telefónico con Frank.

—Frank no me dejó su dirección. Dijo que me llamaría de vez en cuando.

Hubo una pausa. Di una larga chupada al cigarrillo y contemplé a Margot a través del humo.

—¿Conoce a Burt Stone, señorita Sullivan?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

Era un maldito caso. Nadie podía decirme nada. Quizá había soñado que media hora antes tuvo que dar esquinazo a los alegres muchachos que me habían seguido en el deportivo.

Sentí su mirada sobre mis ojos. Me observaba con las cejas enarcadas. Leí su pensamiento: «Bien, pelmazo, ¿se larga ya? Vuelva si quiere alguna vez, pero hágalo cuando tenga una cuenta corriente de seis cifras. Es lo único que me interesa».

Aplasté la colilla de mi cigarrillo en el cenicero y me levanté.

—Gracias, señorita Sullivan.

Me acompañó hasta la puerta y me dio la mano, una mano de piel suave como el terciopelo. Me sonrió diciéndome con los ojos que yo era un buen chico. Estuve a punto de echarlo a perder. Hubiese bastado con que alargase la mano para tomarla por la cintura y besarla en la boca. Cada mujer requiere un estilo y Margot pertenecía a la clase de las que hay que atacar por sorpresa. Pero yo tenía otro plan.

Me puse el sombrero, me toqué el ala saludándola e inicié la retirada.

Cuando oí que se cerraba la puerta a mis espaldas me escondí en la curva del corredor. Allí permanecí como cosa de quince minutos a solas.

Oí el ruido de una puerta y un taconeo ligero. Luego los pasos se detuvieron. Sabía que era ella, Margot.

Esperaba el ascensor. Luego oí el ruido de la puerta al abrirse y asomé la cabeza justo para verla entrar en la jaula.

Dejé correr otros dos minutos y entonces me puse en movimiento. Volví a la puerta y apreté el timbre.

Esperé un rato. Nada. Pulsé el timbre otra vez. Siguió otro silencio.

Entonces eché mano al recurso que tengo para estos casos. Saqué un llavero y elegí una ganzúa. Me bastaron tres minutos para abrir. Me colé dentro y cerré a mis espaldas.

Luego eché a andar hacia el *living* despacio, muy despacio.

No vi a nadie.

A la derecha había una cortina corrida que debía comunicar con el resto del apartamento. Fui allá y la descorrí.

De pronto me quedé inmóvil sintiendo que la sangre se me helaba en las venas. A unas cuantas pulgadas de mí, al otro lado de las cortinas, había un hombre de pie, mirándome fijamente, los ojos muy abiertos. Con su mano derecha esgrimía una pistola y me apuntaba justamente al estómago.

CAPÍTULO II

La aparición había sido tan súbita que invertí algún tiempo en reaccionar. Esperé que él no se habría sorprendido tanto como yo. Hubiera bastado con un movimiento en falso de su dedo, aquel dedo que apretaba el gatillo, para que me hiciese un hermoso agujero.

Retrocedí unos pasos y sonreí.

—No debe hacer eso, Frank. Soy un amigo.

Su rostro continuó siendo tan inexpresivo como antes. Al parecer, yo tenía que hacer el gasto de la conversación.

—Sólo deseo hablar con usted, Frank. Soy periodista, amigo de Burt Stone. Puedo enseñarte mi carnet profesional.

Hice un movimiento, pero él efectuó otro con la mano armada y me quedé sin exhibirle mis credenciales.

Por fin penetré en el *living*.

—No debió venir —fue lo primero que dijo.

—Burt Stone me pidió que lo viese a usted. Supongo que no fue idea de él. Apuesto a que usted mismo lo autorizó para que me hiciese una visita.

—Cambié de idea.

Hubo una pausa. Decidí correr un riesgo. El no sabía lo que Burt Stone podía haberme dicho. Después de todo, yo lo había echado a perder arrojando a Burt de mi despacho.

—Lo que me habló Burt fue suficiente para que me interesase.

—Lo supongo. Pero ya le he dicho que no hay nada que hacer.

—Es demasiado tarde para usted, Frank. A estas horas, yo me he metido en esto hasta el cuello. Unos cuantos muchachos me siguieron hace un rato. Tuve que deshacerme de ellos para venir aquí.

Entrecerré los ojos.

—¿Dónde está Burt? —preguntó.

—No quiso venir conmigo —le mentí.

—Eso me desliga del compromiso, si es que alguna vez lo ha habido. El acuerdo con Burt era que él vendría con usted y, además, éste no es el lugar de la cita. Teníamos que vernos en el Canary. ¿Cómo infiernos ha dado conmigo?

Traté de arreglarlo lo mejor posible.

—Burt me habló del Canary, pero decidió que no saliéramos juntos de mi despacho. Lo estaban siguiendo. Naturalmente, él no tuvo en cuenta que a mí también empezarían a pisarme los talones. De todas formas yo acudí al Canary hace un par de horas. Esperé un buen rato y Burt no apareció. Decidí hacer una investigación por mi cuenta y recordé que yo tenía un amigo, Yul Heflin, que frecuenta el Canary. Fui a su casa y él telefoneó desde allí a Margot.

Di un suspiro para mis adentros. Había salido airoso de mi primera prueba. Ahora quedaba lo más importante. Hacer cantar a aquel pájaro y me temía que eso iba a ser muy difícil.

Empleé el truco más elemental de mi profesión. Después de todo, él confesaba que en un principio había aceptado como buena la idea alentada indudablemente por Burt de desahogarse conmigo.

—Si el asunto es tal como Burt dijo, su nombre aparecerá en la primera página de nuestro diario, Frank. Ya puede apostar a que gastaremos más tinta que en lo de Little Rock.

Me miró durante unos segundos sin decir nada y luego preguntó:

—¿Qué es lo que Burt le dijo?

Aquel tipo era un hueso, un auténtico hueso.

—Usted lo sabe —contesté—. Comprendo que esté nervioso, pero no tiene que preocuparse. Nuestro diario le ofrecerá toda clase de seguridad.

Era hablar por hablar y él no se dio por conforme.

—¿Qué es lo que Burt le dijo? —repitió.

—No dispuso de mucho tiempo —respondí—. Ya se lo he advertido antes, Frank. Burt sabía que lo estaban siguiendo.

Se echó a reír.

—Usted no sabe nada, Holden.

Apreté los dientes con fuerza. Sullivan había estado jugando conmigo como el gato con el ratón y al final me había soltado el

zarpazo.

—Está bien, Frank —sacudí la cabeza—. Burt se refirió a un gran asunto, pero él estaba demasiado asustado para ponerse a hablar sabiendo que, de un momento a otro, podría abrirse la puerta y aparecer cualquiera de los tipos que lo seguían. Por eso se marchó sin ser muy concreto.

—Apuesto a que ni siquiera fue a verlo. Burt lo citó a usted por teléfono.

Era casi la verdad. Burt había venido a mi despacho, pero la forma en que lo recibí había anulado el valor de aquella visita. Sólo existía la llamada telefónica que me hizo desde aquella cabina en que trataba de pasar desapercibido.

—Este diálogo no nos conduce a ninguna parte —alegué—. He venido a ayudarlo, Frank, y no estoy solo. Detrás de mí hay mucha gente.

—No me conviene su compañía, señor Holden. ¿Quiere tener la amabilidad de marcharse?

—Usted no me puede despachar así.

—¿Quién dice que no? —Levantó la pistola unas pulgadas.

—No será capaz de disparar, Frank.

—Escuche, amigo. Tengo un negocio pendiente que supone para mí mucho dinero. Y no voy a consentir que un periodista del tres al cuatro lo eche a perder —su rostro se tornó rojo—. Va a salir de aquí por su pie, o le juro que no me quedará más remedio que desembarazarme de usted. Pórtese como un buen chico y retírese de la circulación.

—¿Ha pensado que puedo perjudicarlo?

—No, Holden. Hemos quedado en que usted no sabe nada.

—Pero Burt sí lo sabe. Todo consiste para mí en dar con él.

Hubo una pausa.

—Está bien —dijo—. Busque a Burt y pregúntele.

No me gustaron sus palabras. Tuve la impresión de que él se imaginaba que yo no iba a encontrar a Burt y si lo encontraba, Burt no estaría en condiciones de hablar de nada.

En ese instante sonó el timbre de la puerta.

Vi como Frank palidecía. Hizo una mueca de contrariedad.

—¿Ve usted? —dijo—. Me ha creado una gran dificultad con su estúpida visita. No soy un asesino, pero no tendré más remedio que

pegarle un balazo.

—¿Por qué? —Traté de permanecer la mar de tranquilo a pesar de que mi corazón había aumentado el ritmo de sus latidos.

—Las personas que esperan ahí fuera no pueden verlo aquí, de lo contrario usted y yo estaremos perdidos —me apuntó al pecho—. Usted se lo ha ganado, señor Holden.

—Espere un momento —dije—. Puedo salir por la escalerilla de incendios. Yo no tengo que ver nada con esto. Burt no me contó nada. Usted mismo lo dijo antes. Nunca me han gustado los líos en que aparecen con demasiada frecuencia las pistolas. Tampoco soy reportero criminalista. Si ha leído mi columna en el *Star* sabrá que yo solamente me dedico a sacar chispa a los sucesos. Es un trabajo de simple imaginación.

Hablé con demasiada rapidez porque me había dado cuenta de que me estaba jugando la vida. Y no me gustó la idea de alejarme de este mundo sin conocer lo que se estaba cociendo en aquella olla.

Jadeé como una máquina de vapor.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

Frank estaba considerando mi apelación y finalmente movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, Holden —señaló con la pistola las cortinas.

Fuimos juntos. Yo delante. Abrió una puerta y me señaló una ventana. Me acerqué a ella y la abrí empujándola hacia arriba.

Volví la cabeza. Frank estaba en la puerta con el arma en la mano. Le había tomado demasiado cariño.

No dijimos nada. Empecé a bajar. El apartamento de Frank estaba en un octavo piso. Al llegar al sexto me detuve y miré hacia arriba. No vi a Frank.

Busqué los cigarrillos, encendí uno y me puse a fumar sopesando mi situación. ¡Qué diablos! ¡Yo debía estar arriba!

Aplasté el cigarrillo contra el peldaño metálico e inicié la ascensión procurando no hacer mucho ruido. La ventana seguía como yo la había dejado. Me colé dentro y recorrí la distancia que me separaba de la puerta.

Oí un murmullo de voces. Hice girar el pomo silenciosamente y escuché las palabras que llegaban por el corredor.

—¿Han traído los cien mil dólares? —Era Frank Sullivan quien

hacía la pregunta y al oír la cifra sentí que el estómago se me quedaba hueco.

—Claro que sí —contestó una voz jovial—. Le hemos traído las cien hojas de lechuga, pero usted nos tiene que exhibir lo suyo para dar la conformidad a la operación.

—Desde luego —asintió Frank—. Esperen un minuto.

Eché a andar y sentí los pasos que se acercaban por el corredor. Solté una maldición para mis adentros y cerré la puerta.

Ahora Frank entraría en el cuarto y yo me encontraría en el mayor atolladero de mi vida. Contando con el elemento sorpresa, podría dormirlo, pero ¿y los otros tipos que estaban en el *living*?

Los pasos se acercaron y yo aguanté la respiración.

Pero Frank pasó de largo, rumbo a la cocina o al cuarto de baño.

Di un suspiro de alivio y esperé. No podía hacer otra cosa.

Los pasos volvieron a sonar fuerte. Frank regresaba en aquel momento.

Poco después se reanudó el diálogo.

—Aquí está —dijo Sullivan—. Pueden comprobarlo.

—Yo no entiendo de esto —dijo la voz de antes al tiempo que se oía un crujido de papeles—. Pero he traído conmigo a un entendido.

Nuevo crujido de papeles.

Transcurrió un minuto.

—Está perfecto —dijo una voz totalmente nueva—. Hay signos que no conozco porque la taquigrafía es algo puramente personal, pero desde luego aquí está la síntesis del asunto. La operación puede ser realizada.

Intervino de nuevo Frank Sullivan.

—Soy un hombre formal. Sus jefes no tienen que preocuparse por mí. Con esa cantidad me iré a México. Siempre he deseado visitar ese país. Puede que me quede allí. Cien mil dólares es un buen pellizco.

—Desde luego que lo es —dijo el hombre que no entendía la taquigrafía—. Demasiado dinero, pero no lo bastante para una persona que puede sacar más.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Frank con voz insegura.

—Usted es un peligro para nosotros, señor Sullivan.

—¿Qué es lo que van a hacer? Les he entregado mi secreto... como ustedes deseaban.

—Sí, Sullivan. Usted nos ha entregado unos papeles, pero le queda su cabeza. Usted ha metido en ella el contenido de esas cuartillas. ¿Es que no se da cuenta?

—Sí, lo comprendo, pero... No tienen nada que temer de mí, se lo aseguro. Fue lo pactado. Cien mil dólares por la conversación que yo sorprendí.

Hubo un silencio. Me imaginé a Frank Sullivan sudando como un reo a punto de ser sentado en la silla eléctrica.

Y yo no podía hacer nada por él. No tenía ninguna arma, y tampoco podía echar a andar por el corredor y aparecer con un dedo metido en el bolsillo. Es un truco que solamente surte efecto en películas y novelas hechas con los pies. Yo estaba allí amarrado, completamente indefenso... al igual que Frank, que debía de haber guardado su arma en el momento que más la necesitaba.

—¡No lo haga! —Oí que gritaba histéricamente.

—Lo siento, amigo, pero usted se lo ganó.

—¡No fue mi intención escuchar aquello! ¡Todo fue completamente casual!

—Claro que sí que fue accidental, pero usted tomó taquigráficamente el diálogo. Luego nos ha chantajeado. Esto sólo sería el comienzo. Usted quería permanecer durante tiempo indefinido pegado a la ubre. No lo podemos consentir, señor Sullivan.

—Tienen que creerme... ¡Me conformaré con cincuenta, sólo cincuenta mil...! ¡Denme veinte...! ¡Sólo veinte...!

En aquel momento se produjo un pequeño estampido. Fue suave como un escape de gas o como si alguien hubiese abierto una botella de champaña barato. Siguió una maldición e inmediatamente un cuerpo golpeó contra el suelo.

Frank Sullivan, descanse en paz.

Luego sonó un chasquido. La puerta del apartamento se había cerrado.

Entonces eché a correr hacia la ventana y salí a la escalerilla de incendios. Cuando llegué abajo comprobé que a los asesinos les había sobrado un minuto para ahuecar el ala.

Corrí hacia el lugar en que había dejado aparcado mi «Ford». Vi a los lejos un coche negro que desaparecía a toda velocidad y me quedé quieto soltando una retahíla de imprecaciones.

No tenía nada que hacer.

Entré otra vez en la casa. El encargado, un tipo con bigotes de morsa, me había visto la primera vez. No ganaba nada con eludir el bulto. Pero ahora debía encontrarse haciendo algo porque no estaba a la vista.

Subí en la jaula. No necesité la ganzúa. Me bastó con bajar el tirador para encontrarme de nuevo en el apartamento de Frank Sullivan. Estaba en el *living*, cerca del diván, boca abajo. Junto a su costado izquierdo había un charco de sangre que iba haciéndose más grande poco a poco. Le puse la mano en el corazón por si acaso le quedaba un hálito de vida, pero Frank Sullivan había terminado ya de sorprender conversaciones.

Me enderecé pensativo. Lo primero que hice fue limpiar mis huellas dactilares de la puerta de entrada. Luego regresé al *living* y me interné por el corredor.

Abrí una puerta. Era el dormitorio de Margot. Allí me entretuve más de quince minutos, pero el resultado fue el mismo. Completamente infructuoso.

Sólo quedaba la habitación en que había permanecido escondido, el cuarto de baño y la cocina. En la primera no encontré nada. En la cocina dediqué mi atención a todos los rincones. Terminé mi trabajo con aquellos lugares en que podría haber sido escondida la maldita transcripción taquigráfica que había costado la vida a Sullivan. Nada de nada. Lo mismo que en el cuarto de baño.

Regresé a la cocina. Abrí la nevera. Allí había filetes de carne, verduras, fruta, mantequilla, huevos...

Lo comprobé todo. Hasta las manzanas, por si acaso eran de pega. Pero todo era natural, fresco y de calidad.

Cerré la puerta. La investigación me había hecho sudar. Bien; sólo podía hacer una cosa. Largarme de allí cuanto antes. Necesitaba un trago de agua. Cogí un vaso y lo acerqué al grifo interior. Tenía que dar con Burt. Era mi salvavidas. Pero ¿cómo lo encontraría? Y si resultase la gestión efectiva, ¿estaría él en situación de hablar?

Me llevé el vaso a los labios, pero apenas tenía un dedo de agua. ¿Qué infiernos le pasaba a aquel grifo? Probé otra vez. No; salía una gota cada segundo. Dejé el vaso y metí la mano en el depósito. Sentí un estremecimiento y no fue debido precisamente a la frialdad del

agua. Mis dedos habían cazado algo.

Saqué una bolsa de plexiglás. Dentro había unos papeles y más abajo tinas monedas para que la bolsa pudiera permanecer en el fondo. Una de las puntas del cordón que cerraba herméticamente la bolsa se debía haber metido por el conducto del agua, obturándolo. Así es de simple a veces la vida.

No me detuve a ver lo que había dentro de la bolsa. Me lo imaginaba. La guardé en el bolsillo y empleé unos minutos en borrar huellas con el pañuelo.

Descendí en la jaula del ascensor. El encargado me saludó con un movimiento de la mano. Podía apostar a que aquel fulano estaba en condiciones de describirme con los ojos cerrados. Para él yo había permanecido en el apartamento de Margot Sullivan durante una hora y cuando el forense dictaminase el momento de la muerte de Frank, yo estaría más perdido que un calcetín en el Pacífico. Pero no me arrepentía. Sentía la corazonada de que había metido mano a un buen asado. Uno de éstos con que un periodista sueña durante muchos años de su vida.

Me dirigí a un lugar tranquilo, un bar de la calle Sesenta, me metí en un reservado y extraje los papeles que había en la bolsa. Con un vaso de *whisky* al lado, bebiendo a pequeñas dosis, empecé a saber por qué Frank Sullivan había sido asesinado.

CAPÍTULO III

Las cuartillas transcribían a máquina una conversación. A través de ella no se especificaba nombre alguno. Era como el trozo de un guión cinematográfico o de una comedia en que se hubiesen olvidado de hacer constar el nombre de cada personaje. Decía así:

«—¿Qué noticias?

»—No pueden ser mejores. Ellos están conformes en transigir la operación, pero no han citado cantidad alguna. Quieren que nosotros les enviemos un representante para establecer contacto. Naturalmente, he visto la posibilidad de realizar un buen negocio y he dado mi consentimiento.

»—¿Bajo qué condiciones?

»—Esa gente sabe cómo hacer las cosas. No se fían de nadie. No quieren recibir a nuestro representante directamente en su refugio. Nuestro buen chico ha de estar el próximo día veintitrés a las nueve de la noche en la estación de servicio de J. Hay. Llevará un clavel blanco en la solapa, camisa sin corbata y ojos defendidos con gafas negras.

»—¿Quiénes creen que son? ¡Seremos nosotros los que recibamos a su representante!

»—Por lo visto usted olvida que ellos poseen un millón de dólares. Será uno de los mejores negocios que hayamos hecho desde nuestra constitución.

»—Salteadores, sí, pero no vulgares. ¡Infiernos! No está al alcance de cualquiera el llevarse un millón de dólares de una agencia como la Sloane de Boston. Esa gente tuvo que organizar bien su golpe.

»—Pero tenían más de ocho millones para elegir y fueron unos estúpidos al llenar sus bolsas con trescientos mil dólares de la Reserva Federal.

Fue solamente mala suerte.

»—Con ello dieron oportunidad a que interviniese el FBI, una organización con la que no quiero nada que ver.

»—Escuche, amigo. Estoy seguro de que podremos sacar ese millón de dólares sucios por trescientos mil limpios. Tendremos un beneficio líquido de setecientos mil dólares.

»—¿Cree usted que esos atracadores se van a conformar? Querrán más de medio millón por su botín.

»—Tenga en cuenta que el asalto se realizó hace ya más de un año. Hasta ahora han aguantado con sus ahorros. Ésa ha sido la clave de que no les hayan cogido. Han esperado a que la polvareda cesase. La policía ha permanecido atenta durante doce meses esperando a que uno de los billetes de los trescientos mil de la Reserva Federal apareciese en el mercado, pero hasta ahora no han podido seguir absolutamente ninguna pista.

»—Se me ocurre una pregunta. ¿Por qué infiernos no han puesto en circulación los setecientos mil dólares restantes cuya numeración no consta?

»—Ellos piensan que puede ser una trampa. El jefe de esa gente tiene cerebro. Ha evitado desde el principio cometer un fallo y ahora, después de un año transcurrido, cuida el asunto con el mismo interés. Es algo que nos conviene, amigo. Debemos mandarles ese representante, piénselo. Hay setecientos mil dólares de

beneficio para nosotros»—. Contando con que acepten nuestra oferta de los trescientos mil.

»—De todas formas, medio millón es dinero que no se puede despreciar. Una verdadera fortuna.

»—Está bien. ¿A quién enviamos?

»—Joe Ricco es el más adecuado. Sabe arreglárselas a la perfección con esa clase de personas. Estoy seguro de que no cometerá ningún error. Dele un margen para trabajar.

»—Medio millón. No nos deben sacar ni un dólar más.

»—Me parece sensato.

»—Avisé a Joe para que esté preparado el día veintitrés».

Eso era todo. No se trataba de un rompecabezas. Era algo tan claro como el agua cristalina de un arroyo. Un año antes tres individuos enmascarados asaltaron la agencia Sloane de Boston. Se llevaron un millón de dólares, de los cuales trescientos mil pertenecían a la Reserva Federal, y desaparecieron como tragados por la tierra. El golpe lo dieron en toda regla. Fue evidente que se trataba de un plan largo y minuciosamente concebido. Los tres sujetos se presentaron en la agencia a la hora de la apertura, justo cuando acababa de entrar el último empleado de servicios. Los tres iban vestidos igual. Pantalón gris, blusa caqui, abotonada al cuello, sin corbata, y gorra color pizarrosa. Escondían la cara en un pañuelo negro que dejaba ver solamente sus ojos, enfundaban las manos en guantes blancos y con las diestras esgrimían sendas pistolas. Amenazaron con sus armas a los empleados de la agencia y se hicieron dueños de la situación. Batieron un récord de seguridad y sangre fría. En nueve minutos, exactamente, cargaron con un millón de dólares en cuatro bolsas que llevaban a ese efecto, y uno de ellos se encargó de transportarlas al camión que los había traído allí y que estaba en un patio situado en la parte delantera del edificio. Luego, mientras uno de ellos seguía amenazando con la pistola, los otros dos ataron de pies y manos a los empleados y les sellaron la boca con cinta adhesiva. Finalmente, montaron en el

camión y se marcharon. Uno de los empleados invirtió tres minutos en librarse de las ligaduras de sus piernas y pegó un patadón en un ventanal, que saltó hecho añicos. Un guardia que había en el ala derecha de la casa llegó corriendo y dejó libre a los empleados. Cinco hombres se precipitaron sobre los teléfonos y empezaron a dar la alarma. Tan sólo veinte minutos después de haberse perpetrado el robo y seis de haber huido los asaltantes, se inició la más grande movilización policíaca que se ha conocido en todo el Este. Dos mil agentes batieron un área de veinte millas cuadradas próximas al lugar en que fue cometido el audaz asalto. Pero el resultado fue nulo y lo continuó siendo durante los siguientes días. El FBI tomó cartas en el asunto adjudicándose su jurisdicción a la Reserva Federal y que formaba parte del millón. Los diarios lanzaron ediciones extraordinarias con la misma rapidez que lo hicieron cuando estalló la bomba en Hiroshima. La agencia Sloane ofreció una recompensa de un cinco por cien, es decir, de cincuenta mil dólares a la persona o personas que facilitasen datos que, de un modo u otro, sirviesen para prender a los saltadores y recuperar el botín. Miles de personas, detectives profesionales y aficionados ciudadanos ansiosos por cobrar la recompensa pretendieron cooperar, pero sólo consiguieron obstaculizar la labor oficial.

No se sacó nada en limpio.

Luego el tiempo fue el encargado de relegar aquel hecho que durante semanas había galvanizado la atención del país entero. Nuevos sucesos lo apartaron de la primera página de los diarios.

Y así estaban las cosas cuando yo, en un reservado de un bar de la calle Sesenta, leía aquel diálogo transcrito por Frank Sullivan que se refería concretamente al botín del millón de dólares procedente del asalto a la agencia Sloane.

Saqué mis propias conclusiones. Los salteadores se habían retirado de la circulación. Encontraron un buen refugio y allí habían permanecido durante aquellos doce meses. Tenían ahorros e hicieron frente a sus gastos. Pero ahora su remanente estaba a punto de acabar o creían llegado el momento de hacer uso de su cuantiosa fortuna. Sea como fuere, no podían atreverse a poner en circulación un solo dólar de la millonada. Ellos preferían perder algo del botín a cambio de una seguridad. Nada más sencillo. Ofrecían su millón de dólares a cambio de una cantidad menor

consistente en dinero limpio y sin control policíaco.

Había tenido noticias a lo largo de los últimos años de que existía en el país un sindicato de potentados, de hombres de negocios, cuyo fin era el de colocar en el extranjero el dinero que por su procedencia inmoral no podía circular libremente en los Estados Unidos de América. Productos de robos, asaltos, malversaciones, desfalcos, depósitos quebrantados, dinero cuya fuente de origen constituía un peligro de muerte o de encarcelamiento para sus poseedores. El sindicato realizaba sus operaciones, como era lógico y natural, con un gran margen de beneficios y en la mayoría de los casos hacía también uso del chantaje. Una pandilla de desalmados tenía en su poder cien mil dólares, pongamos por ejemplo, procedentes de un robo. El sindicato se ponía en contacto con ellos. Entregaba cincuenta mil dólares contantes y sonantes y recibía a cambio los cien mil. Los cuales eran colocados fácilmente en el extranjero con un beneficio neto de unas cuantas docenas de miles. Éste era el asado.

Frank Sullivan había sido llamado por uno de aquellos hombres de negocios para realizar un trabajo y en el curso de éste su cliente fue interrumpido. Tuvo necesidad de abandonar la habitación para hablar con su visitante. Frank Sullivan quedó a solas y por una serie de circunstancias casuales, una ventana abierta, la proximidad a una puerta, había sorprendido una conversación. Él se apresuró a tomarla taquigráficamente y en aquel diálogo habían quedado al descubierto, no solamente los manejos del sindicato, sino la inminente transacción respecto al millón de dólares robados un año antes a la agencia de cobros Sloane.

Mi corazonada no había resultado fallida. Aquello era algo bueno, muy bueno. Quizá demasiado para que yo pudiese engullirlo de un solo bocado. Debía tener cuidado. Frank Sullivan se había comportado como un imbécil. Sólo se le ocurrió ponerse al habla con el propio hombre a quien había sorprendido, indudablemente uno de los jerifaltes del Sindicato de Adquisidores de Fortunas Sucias. Sullivan le pediría dinero a cambio de su silencio, cien billetes de los grandes. El otro dio su conformidad, pero no fue tan tonto como para no cerciorarse de que Sullivan no había compartido con nadie su secreto. Se tomaría algún tiempo para entregar el dinero, el que necesitaba justamente para hacer su

comprobación. Durante ese tiempo, Frank Sullivan entró en crisis. Llamó a Burt Stone y le contó parte de la cuestión. Burt era un tipo listo y debió de decir a Sullivan que su vida podía durar tanto como una moneda de veinticinco centavos a la puerta de un colegio. Le sugeriría a Sullivan que yo era el fulano que necesitaba para llevar el asunto adelante. En fin, todo eran ocurrencias mías pero, poco más o menos, tenía que haber pasado así.

Los gorilas enviados por el sindicato establecieron un cordón sanitario alrededor de Sullivan. Burt Stone, que debió visitar a Frank en la casa de su hermana, se llevó tras de sí, cuando salió del apartamento, a un par de centinelas. Luego me tocó a mí el turno. Burt Stone había sido perseguido lo mismo que yo. Ambos teníamos señalado el mismo final que Frank Sullivan. Yo había conseguido despegarme, pero ¿y Burt? Era ya hora de que lo supiese.

Hacía más de tres meses que no veía a mi amigo, el teniente Miller. Sabía dónde encontrarlo, si no tenía algo entre manos, en un salón de billares de la calle Veintiuno, Oeste.

Estaba en mangas de camisa dándole tiza al taco, calculando por dónde tiraría la bola.

Las otras dos se le habían quedado en muy mal sitio.

—Doble contra sencillo a que la falla —le dije por detrás.

Volvió la cabeza haciendo una mueca.

Miller es de estatura regular, pecho grande y brazos largos, demasiado largos para su talla.

—¿Dé dónde sale, Holden? —me dijo—. Lo creía recogiendo patatas de nuevo en su pueblo.

—¿Por qué no había de tener yo aspiraciones en una ciudad en que hasta los supuestos policías las encuentran?

Encajó el golpe. Empezó a hacer un gesto de lástima y me dio la espalda disponiéndose a tocar su bola.

Movió el taco media docena de veces y lo impulsó bruscamente hacia delante. Su bola golpeó la otra, pegó una banda, salió proyectada hacia la de enfrente, cogió un rincón... y por un pelo no tocó la rojiza.

Se irguió volviendo otra vez la cara hacia mí.

—Consiguió ponerme nervioso, Holden. Si ya está contento, lárguese.

—Pensé que le gustaría hablar conmigo.

Frunció los ojos.

—¿Acerca de qué, periodista? Que yo sepa, usted y yo no tenemos nada que discutir.

Iba preparado por si él planteaba la cuestión de esa forma.

—Es respecto a aquel tipo que vendía drogas. Mi soplo lo puso en el camino para atrapar a la banda.

—Eso fue hace seis meses y creo que quedó zanjado. ¿O me va a decir que de pronto se ha acordado de que no me pasó la minuta?

Era mordaz el teniente. Los soplones profesionales siempre reciben un estipendio. Existe incluso una cantidad presupuestada para eso.

—No se trata de dinero —repuse—. Quisiera tinos cuantos informes complementarios acerca del asunto. Voy a escribir un serial y necesito documentación.

Mientras tanto, su rival estaba haciendo una carambola tras otra y a juzgar por su sonrisa de triunfo se acercaba al final.

—Está bien —asintió Miller—. Déjese caer mañana por el precinto. Me ocuparé de eso.

—Gracias, teniente, pero me gustaría que fuese cuanto antes, a ser posible ahora.

—¡No puedo! —exclamó con voz agria—. ¿No me ve que estoy ocupado?

En aquel instante su competidor hizo la última carambola de la serie y alzó los brazos.

—Partida ganada, teniente —anunció.

Miller observó a su contrincante y por último depositó su triste mirada en mí. Respiró dificultosamente.

—Está bien, periodista. Quizá me convenga quitármelo de encima cuanto antes.

Fuimos en mi coche hasta el precinto. Cuando entramos en la oficina, tres hombres saludaron al teniente con movimientos de cabeza. Esperé que alguno de ellos le diese la noticia, pero no fue así.

Miller y yo nos marchamos al archivo. Me señaló una mesa y me senté. Trasteó en un gran armario metálico y regresó con un expediente que arrojó delante de mis narices.

—Ahí lo tiene.

Miré el expediente. No me servía para nada. Maldije las ganas

que tenía yo de releer aquel mamotreto. Pero no tenía más remedio que seguir simulando.

Observé por el rabillo del ojo a Miller, que se había colocado cerca de la pared con un pie apoyado en uno de los cajones del archivo... Me di cuenta de que él también me estaba observando. Volví la primera hoja del expediente y empecé a hacer como que leía.

De pronto la puerta se abrió de golpe:

—¡Eh, teniente! —anunció una voz—. Trabajo urgente para usted.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Miller enfrentándose con el hombre que estaba en el hueco de la puerta.

—Han encontrado a un tipo cerca del muelle.

—¿Muerto?

—Sí, pero antes le hicieron una buena. Le quemaron los pies. Luego lo acribillaron a balazos.

—Gentuza, ¿eh? ¿Quién es?

Cerré los ojos y pedí al cielo que no dijese el nombre que yo tenía en los labios.

—Burt Stone.

—Burt Stone —repitió el teniente—. ¡Que me maten si lo comprendo...! ¡Era sólo un timador!

—Usted sabe más de eso que yo.

—Está bien, Bill. Prepara el coche. Nos vamos enseguida.

Yo continuaba sentado, pero había abierto los ojos.

Un pesado silencio se hizo en la estancia. Sentí por detrás de mí que Miller se movía. Su respiración se aproximó hasta sentirla sobre mi cabeza. Luego su voz restalló como un latigazo:

—De modo que usted deseaba informarse acerca de esos traficantes de drogas...

—Sí —contesté sin volverme.

—Quería documentación para un serial.

—Es cierto.

De repente golpeó la mesa con el puño cerrado.

—¿Qué clase de idiota se cree que soy? —rugió.

Volví la cabeza y le miré a los ojos. Centelleaban como trozos de vidrios expuestos al sol.

—Yo no le gané la partida de billar, teniente —murmuré.

Su rostro se puso de color del tomate maduro.

Fue a decir algo, pero era tanta su indignación que no pudo articular palabra alguna. Por fin, tras un gran esfuerzo, abrió la espita.

—Escuche, Holden, no trate de sacarme de quicio. Lo he visto en compañía de Burt Stone más de una docena de veces. El propio Burt me dijo que era un buen amigo suyo. Lo ha ayudado repetidas veces a levantar el ala. Hace un sinfín de tiempo que usted y yo no nos vemos. Y de pronto se deja caer por donde sabe que me encontrará a estas horas y me trae al precinto con la excusa de examinar determinado expediente y justo a los cinco minutos de estar aquí, nos anuncian que Burt Stone ha sido encontrado asesinado.

—¿Qué quiere insinuar?

Hubo una larga pausa. Miller quería taladrar mi pensamiento con sus ojos.

—¿Qué es lo que se trae entre manos, Holden? Usted sabía que a Burt Stones le iba a ocurrir algo. Por eso me ha devuelto a la oficina. Supuso que aquí encontraría su mejor fuente de información... ¡Suéltelo de una vez! ¿De qué se trata? ¿Por qué ha sido asesinado Stone...? ¿Quiénes lo han hecho?

Miller era un policía honrado. Si yo le comunicaba todo lo que sabía acerca del asunto, me imaginaba lo que iba a ocurrir. El teniente pondría toda la carne en el asador. Echaría sus redes para capturar a peces grandes y pequeños, sin distinción de clase o tamaños. Pero cuando tirase de ellas para recoger el fruto de su trabajo, se encontraría con un enorme agujero por el que habrían huido los tiburones. Estos echarían mano a su influencia política, al soborno, no se detendrían ante nada. ¿Y a qué se reduciría todo? Simplemente, para el flamante sindicato, habría fracasado una operación. Se resarcirían en breve plazo de sus eventuales pérdidas. No, yo no lo iba a consentir. Siento arcadas cada vez que pienso que existen en el mundo hombres que, sin el menor esfuerzo, especulando con el crimen, reúnen enormes fortunas, y viven a lo grande, como millonarios. Se me revuelve el estómago cada vez que uno de los tiburones escapa de la red de la Justicia. No despreciaba la labor de Miller, pero no era éste el momento para que él se introdujese en el asunto. El mundo está hecho así y es muy difícil que alguien lo pueda cambiar.

—No sé nada, teniente —respondí—. Son suposiciones tuyas. Es cierto que Burt Stone era amigo y, si no le molesta, iré con usted a verlo.

Miller entrecerró los ojos mirándome pulgada a pulgada el rostro. Poco a poco su agitada respiración fue adquiriendo el ritmo normal. Cabeceó de arriba abajo.

—De acuerdo, periodista. Puede venir conmigo. —Se dirigió a la puerta. Pero de pronto se volvió apuntándome con el dedo—. ¡Sería conveniente que se meta esto en la cabeza...! ¡Si es una de sus triquiñuelas le aseguro que se lo voy a hacer pagar caro!

Luego, sin esperar una respuesta mía, salió del archivo.

Los faros de un coche patrulla alumbraban el callejón oscuro en que descansaba el cuerpo de Burt Stone.

Lo habían cubierto con una manta. Cuando Miller y yo llegamos ante el bulto, uno de los policías se agachó y tiró de la punta de la manta.

Tuve que tragar saliva. Sentí que la sangre empezaba a hervir en mis venas. La luz de una linterna recorrió el cuerpo lleno de agujeros. Conté, seis. Los pies era una pura ruina.

Se los habían achicharrado.

Me mordí el labio inferior hasta que sentí el sabor acre de la sangre.

Burt Stone nunca había sido un santo, pero también tenía en su haber cosas buenas. Jamás dejó de socorrer, teniendo dinero, a una persona que se dirigiese a él en demanda de una moneda para aplacar el hambre. Incluso sabía que el propio Miller le tenía afecto.

El teniente preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué me dicen de esto? —Quería simular la emoción de su voz.

El agente que sostenía la linterna carraspeó suavemente y dijo:

—Hace un par de días los vecinos se quejaron de que en el callejón dormía una pandilla de vagabundos. Anoche los tiramos y hace cosa de media hora se me ocurrió darme una vuelta por si acaso alguno se había atrevido a regresar. Mi compañero detuvo el coche a la entrada del callejón y yo me vine andando solo con la linterna. Entonces lo vi. Estaba ahí como usted lo ve ahora, muy arropado con la manta. Creí que sería uno de los vagabundos y le pegué un puntapié. Se movió un poco pero luego siguió quieto.

Imaginé que estaba borracho, pero al ir a cogerlo noté que estaba frío como el hielo.

El teniente sacó un cigarrillo de su paquete y se lo puso en los labios. Después de encenderlo dirigió otra vez su pregunta impersonal.

—¿Han preguntado a los vecinos?

Le contestaron varias voces afirmativamente, y cada uno de los agentes, por turno, declararon que los vecinos de las casas próximas no habían oído absolutamente nada.

Un coche frenó detrás de nosotros y por una portezuela apareció un hombrecillo con un maletín. Saludó a todos en general y miró el cadáver de Burt Stone haciendo chasquear la lengua.

El teniente Miller se dirigió a él.

—Páseme el informe cuando pueda, doctor.

El forense sacudió la cabeza. Luego Miller me hizo una señal y ambos echamos a andar hacia donde estaban los coches.

Disparó su pregunta a bocajarro.

—¿Lo dice ahora o prefiere jugar al escondite?

Recorrimos cinco yardas antes de que yo le contestase.

—En cuanto sepa algo se lo comunicaré, teniente.

Nos detuvimos y me miró con la frente muy arrugada, el cigarrillo en la comisura de la boca.

—Así, pues, se va a ocupar del asunto, ¿eh, Holden?

—Sí.

—¿Por qué?

—Le debo algo a Burt —empecé a dar media vuelta para dirigirme a mi coche, pero dos pasos más allá volví la cabeza y aclaré—: Y no es dinero precisamente, teniente. Cuando puse el coche en marcha miré hacia Miller. Continuaba en el mismo sitio donde lo había dejado, dándole vueltas a mis palabras.

CAPÍTULO IV

Marqué el número de Jayne. Ella compartía su apartamento con otras dos compañeras de redacción.

Era un disparo al azar. Jayne podía estar en cualquier parte, quizá en compañía de un hombre. La probabilidad me achicó el corazón.

Una voz femenina que no era la de ella preguntó quién llamaba.

—Oiga, ¿quiere avisar a la señorita Foreman? Le habla Buddy Schore, de la firma HechtLancaster.

—¿Cómo ha dicho?

No necesitaba repetirlo. Ella había entendido bien. Aunque debió cubrir la mano con el micro, oí su grito.

—¡Eh, chica! ¡Hollywood te reclama! ¡El mismísimo Burt Lancaster...! ¡Quiero decir un representante suyo, el señor Schore!

Al instante me arrepentí de utilizar aquella treta. Sabía que Jayne había enviado un guión a Hecht Lancaster. Existía una probabilidad entre mil de que se lo aceptasen y ella no se había hecho muchas ilusiones.

Me llegó a través del cable la respiración agitada de mi querida Jayne.

—¿Señor Schore...? Soy Jayne Foreman.

—Encantado, señorita Foreman... El caso es que me encuentro de paso en Nueva York y pensé que podría dedicarle unos cuantos minutos.

Hubo una pausa.

—¿Me oye, señorita Foreman?

—Sí, señor Schore. ¿Dónde quiere que nos veamos?

—¿Tiene alguna preferencia? —Cerré los ojos y rogué que no fuese el Stork Club.

—¿Le parece bien el Pingüino? —sugirió.

—No está mal —no era de los muy caros, pero tampoco excesivamente barato—. ¿Tiene bastante con una hora, señorita Foreman?

—Es el tiempo justo que necesito, señor Schore.

Nos despedimos y yo colgué.

Ya estaba hecho. Ahora no podía arrepentirme.

Fui al Pingüino y ocupé un taburete en el mostrador del bar.

Al cabo de un rato, ella apareció refulgente de hermosura, Se cubría con un vestido de noche de escote en uve que dejaba sus brazos al desnudo.

Aparté la mirada rápidamente. Era demasiado pronto para que me viese. Ahora ella preguntaría a un mozo por el señor Schore y cuando descubriese que allí no había nadie de ese nombre que la hubiese citado me acercaría a su lado.

Bebí un trago, encendí un cigarrillo y esperé.

De pronto oí por detrás de mí una voz, la suya.

—Buenas noches, señor Schore.

Giré tan rápidamente que estuve a punto de volcar mi copa. Ella me miraba conforme a su costumbre, con la barbilla levantada.

—Oh, Jayne... Ésta sí que es una verdadera sorpresa.

—Déjate de historias. ¿A quién crees que podías engañar con tu treta? Reconocí perfectamente tu voz.

Fruncí los ojos.

—¿Entonces, por qué has venido?

—Llámalo instinto maternal si quieres.

—Oh, no.

—Sí, Johnny. Tiene que ser algo de eso. Es posible que si haces un esfuerzo lo comprendas. Oí ruido en tu oficina esta tarde pero en un principio no le di importancia. Creí que estabas haciendo limpieza. Como cosa de una hora después se me ocurrió llamarte por teléfono para preguntarte algo acerca de un dato que necesitaba, pero nadie cogió el teléfono. Pensé que quizá te habías quedado dormido y fui a despertarte para hacer mi consulta. Me quedé asombrada al ver el estado en que se encontraba tu despacho. Todo en desorden, los papeles en el suelo, cajones volcados, bueno, en un principio pensé que te habría dado un ataque de *delirium tremens*.

Hice una mueca compungida y ella prosiguió:

—Pregunté a unos cuantos compañeros pero nadie te había visto y entonces se me ocurrió llamar abajo, al vestíbulo. El encargado me dio cuenta de que esta tarde no habías estado allí. Sumé dos y dos y el resultado fue que debías estar metido en un lío. ¿Lo ves? —Hizo un delicioso mohín—. Puro instinto maternal.

Estaba arrebatadoramente bella.

—Es posible que esta vez tengas razón, muchacha.

—Dime, ¿por qué me has representado esa comedia?

—Quería pedirte que me echases una mano.

—Vaya; eso es algo nuevo en ti.

—No seas sarcástica. Quiero ir esta noche a casa de nuestro querido editor McCarey y tú me vas a acompañar.

—Oh, no. Renuncié a la fiesta del señor McCarey hace una semana cuantío recibí la invitación. Fui una vez y no me gustó. Ahí se bebe sin tasa y hay tipos que se creen en la Antigua Roma, con derecho a todo.

—Vas a venir y yo te defenderé de las manos extrañas. Sólo bailarás conmigo.

Hubo un silencio. Nos estuvimos mirando a los ojos y finalmente ella dijo:

—De acuerdo, Johnny Holden. Voy a ir contigo pero será con una condición, la de que me cuentes todo.

Titubeé unos momentos mientras sopesaba su propuesta y, cuando la consideré razonable, cogí a Jayne de un brazo y me la llevé a una mesa.

Durante la medía hora siguiente la puse al corriente de todos los detalles del caso. Ella me escuchaba atentamente sin hacer una sola intervención. Acabé de pronunciar la última palabra y me escrutó el rostro. Luego, dijo:

—Es la mayor insensatez que he oído en mi vida, Johnny. ¿Qué puedes hacer tú contra esa gente? Te conozco bastante para saber que vas a arriesgar tu vida a cambio de un resultado muy improbable.

—Escucha, nena. Te falta conocer lo más importante. Voy a utilizar un pequeño truco, el cual, si sale bien, me puede proporcionar unos estupendos beneficios.

—¿Qué clase de truco?

—Sustituiré al hombre del clavel blanco que enviará el sindicato como representante para tratar con los salteadores de la agencia Sloane.

—¡No!

—¿Qué inconveniente hay? Ellos no conocen a ese tal Joe Ricco, es cosa segura.

Mañana es día veintitrés. Mi trabajo consistirá en dar con la estación de servicio de J. Hay. Luego he de echar mano al mensajero. Lo retiraré de la circulación, ocuparé su lugar y con mis gafas negras, mi camisa sin corbata y mi clavel blanco, estaré dispuesto para representar mi papel.

—Arroja eso de tu pensamiento.

—Será sencillo, nena.

La vi preocupada y eso fue para mí como un bálsamo reconfortador.

—¿Es que no te das cuenta, Johnny? Si esos salteadores descubren tu verdadera identidad serás hombre perdido.

—Sabré arreglármelas, pequeña. Vale la pena correr este riesgo. No me voy a conformar con los atracadores. Intentaré por todos los medios desenmascarar a los jefes de ese sindicato que se ocupa en colocar dinero sucio en el extranjero.

—¿Por qué quieres ir a la fiesta de McCarey?

—Tiene su lógica. Se han cargado a Frank Sullivan y a Burt Stone. Yo soy el candidato al tercer ataúd. Pero si los llegase a convencer de que no sé nada, de que Burt Stone en su visita no me comunicó ni una sola palabra, me dejarían en paz. Hay unas cuantas cosas que tengo a mi favor. En primer lugar, ellos han registrado mi despacho y no han encontrado una sola pista que los induzca a pensar que estoy al corriente. En segundo término, el sindicato habrá utilizado sus influencias para saber cómo respira el *Star* acerca del asunto. A estas horas estarán convencidos de que nuestro diario no va a publicar nada, puesto que yo nada he dicho. Por último, han recuperado las cuartillas en que Frank Sullivan reflejó taquigráficamente la conversación que sorprendió en casa de uno de los capitostes. —Hice una pausa y proseguí—: Yo planté a los muchachos que me seguían y, afortunadamente para mí, no han vuelto a establecer contacto conmigo. De eso estoy seguro, pero te apuesto doble contra sencillo a que me están esperando en varios

sitios. Uno de ellos será mi casa y el otro la de McCarey. Naturalmente yo he de proceder ahora de tal forma que ellos abandonen la persecución. Iremos a la fiesta de McCarey y tú y yo nos divertiremos en grande. Los fulanos del sindicato tendrán a alguien allí para echar una ojeada. Quiero convencerlos de que no tienen que temer nada de mí.

Jayne dio un suspiro.

—Sigo pensado que es un gran disparate.

—¿Te convencerás si te hago una demostración?

Titubeó unos instantes y por último dijo:

—Inténtalo.

Nos levantamos, pagué los dos *whiskys* que habíamos tomado y salimos fuera.

Cuando entraba por la portezuela para sentarme ante el volante, me las arreglé para vencerme hacia su lado y mis labios casi rozaron su hombro desnudo. Tuve la impresión de que acariciaba el pétalo de una rosa.

—Cuidado, caballero —contestó con una suave sonrisa irónica—. Soy una chica que acaba de llegar del pueblo.

Como cosa de veinte minutos más tarde dejé correr el coche silenciosamente por una calle oscura a cuyo lado izquierdo había un solar.

Pisé el pedal del freno y quedamos inmóviles.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jayne.

—Justo en la parte trasera de mi casa. Presta atención a lo que va a ocurrir.

Abrí la portezuela procurando no armar ruido y salté fuera. Busqué una piedra de regular tamaño y la apreté.

Yo vivo en un apartamento que encontré de ocasión. Está ubicado en un edificio de dos pisos, el que ahora tenía a mi derecha. En la parte trasera estaba el *living*. Observé el gran ventanal oscuro, eché la mano atrás y lancé la piedra. Luego me puse a correr hacia el coche.

Antes de alcanzar la portezuela se oyó un gran estrépito de vidrios rotos e instantáneamente en mi apartamento se produjo un fagonazo y un estampido.

Me senté ante el volante y el coche arrancó con la furia de una res herida.

Tres minutos más tarde, cuando nos alejábamos a toda marcha de aquel lugar, miré a Jayne. Había empalidecido completamente.

—Perdona el susto —le dije apretándole suavemente una mano—. Ya te advertí que ellos me esperaban.

Me miró forzando una sonrisa.

—Está bien, Johnny. Iré contigo a casa de McCarey.

CAPÍTULO V

Bing McCarey, obeso, embutido en un *smoking* me parecía ir a estallar, nos recibió esgrimiendo una ancha sonrisa.

—¿Qué les pasó, muchachos? —nos preguntó con voz jovial—. Hace más de dos horas que comenzó la fiesta. A propósito, Holden, hay una personita que ha preguntado mucho por usted.

Se refería naturalmente a su hija. Y tuve la impresión de que me pasaban por el estómago un rallador de pan. Por fortuna, la señorita McCarey no se veía por ninguna parte. Quizá había encontrado a un hombre más guapo que yo y estaba hablándole de su sarampión en el jardín.

McCarey, padre, nos dijo que nos divirtiéramos mucho.

Había un centenar y medio de invitados. Todas las sillas estaban ocupadas, y ya había gente sentada en los peldaños de la escalera o en el suelo.

Uno podía elegir su espectáculo. En una sala se bailaba al ritmo de una orquesta y en otra cinco bayaderas se contorsionaban siguiendo los acordes de la música que interpretaban cinco hijos del desierto arábigo.

Un criado pasó sosteniendo una gran bandeja y yo fui presto para arrebatarle un par de copas.

Jayne y yo bebimos. Era auténtico champaña. Bing McCarey sabía hacer las cosas. Organizaba media docena de fiestas anuales. La que correspondía a aquel día era dedicada a sus más ilustres anunciantes, y, ya saben lo que quiero decir con eso, los que en gran parte costeaban el periódico con su publicidad.

Elegimos el baile. Abarqué a Jayne por la cintura y la estreché contra mí. Fue un efecto instantáneo. Mis sienes empezaron a latir más aprisa.

Le susurré al oído:

—¿Te he dicho alguna vez que no existe mujer comparable a ti?
Me miró con precaución.

—Te puedo enumerar hasta una docena de ocasiones —respondió—. ¿Por qué no eres, excepcionalmente, más original?

—Está bien. Ahí va. Si termina esto con bien, ya puedes estar segura de que me doblarán el sueldo. Y si el ogro no lo hace, tendré una docena de periódicos que me ofrecerán un gran despacho con dos secretarías y un sustancioso pellizco mensual. Ante tan brillante porvenir he pensado que lo que mejor me conviene es casarme.

—Oh, no, Johnny Holden. Eso lo dices ahora —se estaba riendo de mí—. Tú no eres de esos. Son tus propias palabras.

—¿Es que no puede uno arrepentirse de su vida anterior?

—Desde luego, cabe en lo posible, pero a unos tipos les resulta más difícil que a otros. Tú eres puro granito, Johnny.

—¡Infiernos...! Siempre estás dando consejos de puro azúcar a tus consultantes. No hay derecho a que reserves todo tu vinagre para mí. ¿Es que ni siquiera merezco una oportunidad?

No pudo dar una respuesta porque en ese momento los músicos terminaron su interpretación y cuando nos separábamos vi a Dean Johnson dirigirse a nosotros.

Dean Johnson era un hombre de cuarenta años de edad, robusto, alto, rostro agraciado, presidente del consejo de administración de la Rutel Company, sociedad especializada en exclusivas de maquinaria agrícola. Todas las semanas, nuestro suplemento dominical, dedicaba dos páginas completas de publicidad a sus chismes.

Nos saludó efusivamente. Coincidimos otras veces en casa de McCarey y yo me había dado cuenta de que Jayne le había producido un buen impacto.

Le preguntó a Jayne cómo le iba el consultorio y luego se dirigió especialmente a mí.

—Leo su columna todos los días, señor Holden. —Yo iba a decir que lo sentía por él. Pero me atajó. —Es muy ingenioso lo que usted dice.

—¿De veras? —inquirí asombrado.

—Bueno, quizá ganaría usted más si abandonase las noticias corrientes, ya sabe, todo esto del fiscal del distrito, el jefe de policía

y el alcalde. Estoy seguro de que tiene capacidad para más.

—No siempre acierta uno en la elección del tema.

—Bueno, apuesto a que si hace un pequeño esfuerzo encontrará un buen asunto en una ciudad como Nueva York. Recuerdo haber oído decir a un viejo periodista que Nueva York era el mismo infierno y que un profesional de la pluma tenía para elegir las andanzas de cien mil demonios.

Me miraba fijamente mientras pronunciaba las últimas palabras.

Jayne tenía una mano en mi muñeca y sentía como aumentaba la presión de sus dedos. Sonreí a Johnson y repuse:

—Eso está bien. Pero yo no me conformaría con las andanzas de un demonio cualquiera. Querría al mismo Lucifer. —Hice una pausa y añadí con voz jovial—: Pero desgraciadamente yo tengo poca relación con el Averno. Por ahora tendré que conformarme con el fiscal y el municipio.

Los músicos empezaron otra pieza.

Johnson se llevó a Jayne hacia el centro de la pista y yo solté unas cuantas maldiciones.

—¿Qué tal, señor Holden? —dijo una voz a mis espaldas.

Volví la cabeza. Era Thomas Warden, secretario ejecutivo de una asociación que controlaba una cuarta parte de los muelles de Nueva York. Naturalmente él representaba a la clase poderosa. Los sindicatos eran cosa aparte.

Thomas Warden, mediante el abono de unos cuantos miles de dólares, yo no sabía cuántos, se había asegurado la supervisión de cuantos artículos se publicasen en el *Star* relacionados con los muelles. Pura política.

Era de estatura inferior a la corriente. Me desagradaba estrechar su mano. Era como si cambiase un apretón con un muerto. Pero no tuve más remedio que aceptar su diestra.

Le dije que me encontraba perfectamente y él sacó una pitillera de plata que exhibía en la tapa sus iniciales en brillantes. Una auténtica gollería.

Me ofreció cigarrillos, pero yo no acepté. El encendió y mientras expulsaba una bocanada de humo, dijo:

—Le debo una explicación, señor Holden.

—¿Sí? —No sabía a qué se refería.

Hace cosa de cuatro meses tuve que tachar una de sus

ingeniosidades. Se metía demasiado a fondo con ciertas irregularidades cometidas con los estibadores.

Lo recordé. Era cierto.

—No tuvo importancia —dije.

—Ya sabe que a mí, personalmente, me hubiese tenido sin cuidado, pero el cargo que ocupo me obliga a mucho.

Era su frase favorita. Su cargo le obligaba mucho.

Sonrió mostrando unos dientes algo separados, feos, y dijo:

—Siempre hay cosas mejores de qué hablar, ¿no es así, señor Holden? Los muelles ya han pasado de moda. Bubbb Shulberg dejó al descubierto los tristes manejos de unos cuantos hombres sin conciencia. A partir de entonces, los que tenemos una relación con el puerto hemos procurado limar asperezas, retirar de la circulación a todo aquel individuo que pretendiese sacar un provecho innoblemente.

Era un discurso muy aburrido.

—Desde luego, señor Warden. Estoy de acuerdo con usted.

Y entonces él respondió con su perpetua sonrisa.

—Siempre me he dicho que un periodista comprensivo podría escalar los más altos puestos, llegar adonde quisiese. Todo consiste en utilizar su tribuna pública como le conviene. Usted puede ser uno de éstos, señor Holden. Es inteligente y posee una gran capacidad de trabajo. Lesionar intereses de personas o entidades que pueden hacer algo por uno es elegir un mal camino.

Observé sus ojos de mirada fría. Podía apostar a que en aquel cuerpo macilento no tenía cabida ni un gramo de piedad. Si aquel tipo dejaba caer su mano sobre un hombre, lo haría con verdadero placer hasta machacarlo y reducirlo a polvo.

Hice un esfuerzo por contener la respuesta que pugnaba por salir de mi garganta. Lo conseguí.

—Hablamos el mismo idioma, señor Warden. Usted y yo no discrepamos lo más mínimo sobre altas cuestiones morales.

Me dio una palmadita en la espalda en señal de despedida.

—Lo celebro, Holden —se iba a marchar cuando de pronto frunció el ceño mirándome—. A propósito, coincidí con su llegada. Creo que su coche pertenece a un modelo económico. Ocasionalmente hemos firmado un contrato con una firma proveedora en muy buenas condiciones. Nosotros entregamos un

coche último modelo a nuestros colaboradores y les concedemos un plazo de veinte años para pagarlo. Mañana mismo diré que lo incluyan a usted en la lista.

De buena gana lo hubiese abofeteado. Me regalaba un coche. Yo era así de buen chico y, para que no se pudiese considerar como soborno a efectos oficiales, su asociación concedía veinte años de plazo para pagar el coche.

—Gracias, señor Warden.

Por fortuna se marchó enseguida, de lo contrario, no hubiese podido evitarlo. Le habría roto su ganchuda nariz de ave de presa.

Y de pronto se me hizo de noche. La señorita McCarey llegaba del jardín en compañía de un tipo de unos treinta y cinco años, rubio, de ojos azules.

Ella se cubría con un vestido muy caro, todo blanco. No estaba del todo mal porque modelaba mucho su figura. Pero me imaginé la tela en el cuerpo de Jayne y di un suspiro. —Caramba, señor Holden— dijo cuándo se acercaron a mí. —Ya creía que no vendría.

Yo no conocía al rabio. Estreché la mano que Lana McCarey me tendía mientras me excusaba por mi tardanza. Y de pronto el rubio dijo:

—¿Holden? ¿John Holden?

—Sí —confirmé.

No esperó a que nos presentase la hija de nuestro editor.

—Soy Tony Candy, de la Douglas Corporación. Nos dedicamos a dar nueva vida a sociedades muertas.

Había oído hablar de la tal Corporación. Era como él decía. Compraban acciones que estaban por el suelo, pertenecientes a sociedades arruinadas, les daban impulso y luego las revendían. Pero yo jamás había tenido que ver con ellos.

—Soy uno de los consejeros —dijo Tony Candy—. Mi tío Samuel Candy es el presidente de la firma. Precisamente he venido única y exclusivamente por usted.

Lana McCarey dejó oír su chillona voz:

—Yo le aseguré a Tony que no faltarías a la fiesta. Johnny.

Sonreía a la joven y enarqué las cejas mirando a Tony.

—¿Para qué me necesita, señor Candy?

—Verá. Esta mañana celebramos consejo de administración, y mi tío propuso que debía contratar los servicios de un periodista.

Fue adoptado el acuerdo e inmediatamente mi tío se puso en contacto con McCarey. Ellos son muy amigos. El padre de Lana nos propuso inmediatamente a usted.

—Muy halagador. —Me pellizqué el lóbulo de la oreja derecha —. Dígame, señor Candy, ¿para qué quieren un periodista?

—Hacemos un uso intenso de la publicidad en todo el país, ya sabe. En nuestro negocio es necesario. Mi tío no ha querido recurrir a agentes publicitarios ya gastados, sino a alguien, dentro del periodismo, que no hubiese hecho esta clase de trabajo.

—Lo comprendo. Pero me temo que no pueda aceptar su oferta. Me encuentro muy bien con mi trabajo. Hacer lo que usted me propone significaría una especie de traición a mí mismo.

Tony Candy sonrió.

—Bien, todo sacrificio tiene siempre su justa compensación. Mi tío está dispuesto a darle en principio diez mil dólares anuales.

Sentí cómo mi nuez subía y bajaba la garganta. ¡Infiernos! Diez mil dólares. Equivalía a un cien por cien de lo que estaba cobrando en el *Star*. Y decía que eso sólo era el principio. Me había dejado sin habla y él se dio cuenta de ello.

—Piénselo, señor Holden. Mi tío tendrá mucho gusto en recibirle pasado mañana en su despacho.

Sacó una tarjeta que me puso él mismo en el bolsillo de la chaqueta.

—Ahora me tengo que ir. Ustedes me perdonarán.

—Le acompaño —dijo Lana. Echaron a andar y ella volvió la cabeza diciendo—: Pero tú no te marches, Johnny.

Hice un movimiento afirmativo, pero cuanto se alejaron lo suficiente busqué a Jayne.

Por fortuna le vi sola y me acerqué a ella rápidamente.

—¿Dónde está Johnson? —pregunté.

—Se acordó repentinamente de que tenía que hablar por teléfono. —Hizo una mueca—. Ya te he visto con la señorita McCarey. Encantadora criatura.

La tomé por el brazo y la llevó rápidamente al jardín.

—Es el momento de desaparecer, muchacha —le dije—. Conozco un sitio para ahuecar el ala sin que nadie se de cuenta.

Nos internamos por un sendero de grava. Unas cuantas parejas se hacían el amor a la luz de la luna. Demasiado amor.

Al cabo de un rato de camino en silencio, ella preguntó:

—Oye, Johnny, ¿esto es un jardín o un parque nacional?

Llegamos ante una pequeña puerta que había en el muro y saqué a relucir la ganzúa.

En un instante la puerta estuvo abierta.

Ella salió primero y puso los brazos en jarras.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —señaló la puerta—. ¿Cuántas veces la has utilizado? Apuesto a que fue ella quien te la indicó. La inocente señorita McCarey —sus ojos chispeaban gloriosamente celosos.

—Sólo una vea —dije con voz contrita—. Y te aseguro que tuve que salir mucho más aprisa que ahora. Ella casi estaba a punto de alcanzarme.

Apreté rabiosamente los dientes.

—Esa bruja...

Me acerqué a su lado y la besé en la boca con todas mis fuerzas. Me confíe demasiado y ella me atizó un puntapié en el tobillo. Lancé un grito y me separé de un salto.

—¿Qué es esto? ¹ —inquirí.

—No creas que has salido esta noche con una de tus chicas bonitas.

—Pero ¿qué clase de mujer eres tú? Estabas haciéndome una escena. He llegado a pensar que si hubieses tenido cerca a la señorita McCarey le habrías sacado los ojos. Me acerco a ti, te beso y, cuando espero que tus manos me acaricien la nuca, me sueltas un trallazo.

—Naturalmente. ¿O es que has pensado que iban a surtir efecto conmigo tus artimañas?

—¿Quién emplea contigo artimañas...? —gemí de verdad y no por el dolor del tobillo. Era la mujer más incongruente que yo había encontrado en mi vida—. Será mejor que nos marchemos.

Me puse a andar cojeando y ella me siguió.

Volvimos a entrar por la puerta principal del jardín, fuimos a la playa de estacionamiento y poco después nos alejábamos de la casa en mi coche, aquel que Thomas Warden quería que yo sustituyese por otro último modelo cuyo pago debía de realizar en veinte años.

Dije a Jayne que sacase cigarrillos de mi chaqueta y que me encendiese uno. Prendió fuego a dos y me puso uno de ellos en la

boca.

—¿No te parece que tu visita a los McCarey ha sido demasiado corta? —me preguntó.

—Sí; ha sido corta —convine—. Pero no me convenía permanecer más tiempo. En el poco rato que hemos estado en esa casa se me han acercado tres tipos. Lo que ellos me han dicho, de un modo u otro, se podría relacionar con el asunto del millón de dólares de la agencia Sloane y la existencia de ese condenado sindicato. Es lo que ocurre cuando uno está preocupado con una idea. Llega a sospechar de su propia sombra. Al fin y al cabo, creo que he conseguido lo que pretendía. Al menos uno de ellos debe estar en relación con esa gentuza. Puede ser Dean Johnson, tu querido admirador, o Thomas Warden, el repulsivo batracio del puerto, o el tío de Tony Candy, un viejo zorro que está haciendo de la estafa un verdadero arte. He dejado bien sentado a todos que me interesa conservar la cabeza sobre los hombros.

—Un muchacho muy juicioso. Es lo que debieras hacer. ¿Por qué no hacemos una visita a tu amigo Miller y descargas tu conciencia? El se alegrará.

Le enseñé los dientes.

—Oh, no. Es pronto para claudicar. Quiero hacerlo por mis propios medios. Además, Miller no se hallará muy lejos de mí cuando el negocio termine. Estará haciendo trabajar fuerte a sus muchachos y apuesto a que no tarda en dar con los primeros resultados. Ahora vas a colaborar conmigo. Detendré el coche en la primera cabina telefónica y preguntarás por la dirección de la estación de servicio de J. Hay.

—Eres un testarudo.

—Estuviste conforme en aceptar mi plan si te presentaba una prueba convincente. ¿O es que necesitabas verme muerto en mi apartamento?

A partir de ahora se mostró dócil.

Descendió del coche cuando se lo dije y regresó diciéndome el lugar en que se ubicaba la estación de servicio de J. Hay. A unas treinta millas, al oeste de Nueva York. Exactamente en la carretera que conducía a Siracusa.

Nos llegamos allá y le dimos un par de pasadas a la estación. Creí oportuno no detenemos porque si llevaba mi combinación

adelante no quería que luego nadie me identificase.

Emprendimos el camino de regreso a una velocidad discreta.

Cuando corríamos por entre los montes Kittatinny vi una bifurcación a la izquierda y giré el volante.

—¡Eh, chico! —exclamó Jayne—. No irás a emplear conmigo ese truco tan gastado de que se te ha acabado la gasolina justamente cuando nos encontremos en medio del bosque.

—Todavía no —le dije y me encerré en un grave mutismo.

Esperé no haber equivocado el camino. Tuvimos suerte. Seis millas más allá, después de abandonar la pista principal, los faros enfocaron una cabaña.

—Ya hemos llegado anuncié.

—Oh, no. No me moveré de aquí —me replicó cruzándose de brazos.

—Está bien, muchacha incrédula. Espérame. Estaré de regreso enseguida.

Me acerqué a la cabaña y llamé a la puerta. Esperé un poco y llamé otra vez. Una voz me llegó de dentro.

—Ya voy... Ya voy...

El viejo Mike Jewett apareció ante mí poniéndose los tirantes sobre una gruesa camiseta.

—¡Infiernos! ¡Si es Johnny Holden! —dijo riendo mientras estrechaba mi mano. Dirigió una mirada al automóvil—. ¿Es posible que vengas solo? Eso sería el fin del mundo.

Acertaste, viejo. Dentro del coche hay una mujer, pero no ha querido venir aquí.

—Bueno, sólo será cuestión de tiempo. Os encenderé una buena lumbre.

—No se trata de eso esta vez, Mike. He venido para preguntarte si podría contar contigo.

—Naturalmente, Johnny. ¿Cómo lo dudas? Tú ya sabes que tratándose de mujeres soy ciego y sordo.

—Escucha, Mike. Te estoy diciendo que no es cosa de mujeres. Necesito tu colaboración para ajustar las cuentas a cierto tipo. Quiero que no faltes de tu cabaña mañana por la noche. No se trata de nada ilegal y por tu trabajo vas a cobrar un hermoso billete de cien dólares.

—Conforme, Johnny.

—Ahora me tengo que marchar. Te daré las instrucciones mañana, sobre la marcha.

Le hice un saludo con la mano y me dirigí hacia el lugar en donde había dejado el coche. Abrí la portezuela y me colé dentro.

Me di cuenta por la forma en que se frotaba Jayne los brazos que estaba aterida de frío. Ella no había contado con aquella excursión. Sonreí divertido.

Hice dar la vuelta al coche por entre un claro de los árboles y retrocedimos por el camino hacia la carretera principal.

Jayne se fue acercando pulgada a pulgada a mí y yo, como distraídamente, le pasé el brazo por los hombros.

Íbamos a una velocidad que me permitía tal posición. Esperé que ella rechazase mi brazo, pero no fue así. Ella ronroneó cuando empezó a entrar en calor.

Así llegamos ante el edificio en que se ubicaba su apartamento. Cuando nos detuvimos, tuve las dos manos libres y pretendí estrecharla contra mí un poco más fuerte, pero entonces ella se desasíó de un tirón abrió la portezuela y saltó fuera.

—¡Eh, Jayne! —La llamé mientras salía disparado del coche.

Ella había ascendido por la escalera y hacía girar la llave en la cerradura de la puerta. La alcancé de un brazo.

—Tendrás que invitarme a subir —le dije.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No puedo volver a mi casa. Tú lo sabes. Me seguirán esperando. No querrás que me manden a hacer compañía a Burt Stone y Frank Sullivan.

Abrió la puerta y empezó a meterse dentro. Yo pretendí ir tras ella, pero me detuvo poniéndome una mano en el pecho.

—No, Johnny. No puedo consentir que regreses a tu apartamento.

Le sonreí.

—Eres una chica muy comprensiva.

—Pero tienes una solución estupenda. Puedes utilizar para pasar la noche cualquiera de los centenares de hoteles que hay en la ciudad.

Antes de que pudiera impedirlo, la puerta se cerró en mis narices.

Golpeé repetidas veces mientras pronunciaba el nombre de

Jayne, pero no hubo nada que hacer.

Tal vez como ella decía, pasé la noche en un hotel y no fue el Waldorf precisamente.

CAPÍTULO VI

Eran las diez de la mañana, cuando abrí la puerta de mi despacho. El teniente Miller estaba sentado ante mi mesa.

Tiré mi sombrero hacia el perchero y fallé como siempre, pero no por eso dejé de sonreír a Miller.

—¿Cómo le va, teniente?

—Maravillosamente —dijo.

—Me alegro mucho.

Aquellas frases tan finas, tan protocolarias, entre ambos, eran como la calma chicha que procede a la tormenta. Se mascaba la tragedia en el aire. El no dejó libre mi silla. Estaba fumando un cigarrillo que sostenía en la comisura de los labios y yo veía sus ojos a través de una espesa nube de humo.

—Ocurrió anoche una cosa muy graciosa, Holden.

—¿Le comunicaron su ascenso?

Un chispazo de ira brotó en sus pupilas, pero hizo todo lo posible por apagarlo. Quería conservar el buen humor mientras pudiese.

—Tuvimos una llamada —explicó—. Una tal Margot Sullivan había encontrado a su hermano muerto en su apartamento. Disparo de arma de fuego. Con un solo tiro bastó.

Parpadeé y luego dije:

—¿Es posible, teniente? ¿Ha dicho Frank Sullivan?

—Sí.

—¡Caramba! Precisamente ayer quise hablar con él. Su hermana se lo habrá dicho a usted. Era respecto al serial de las drogas. Quería dictarle. Un amigo mío me habló de Frank Sullivan. Me dijo que era un gran taquígrafo y pensé que Frank iría bien para mi trabajo.

Hubo un silencio. El rostro de Miller permaneció inexpresivo.

—Perfecto, Holden —declaró al fin—. Usted pretende que encajen todas las piezas. Unas piezas que van a remolque de los sucesos. Ya le advertí ayer que no le creía una sola palabra acerca del asunto de las drogas —su rostro empezó a enrojecer—. Usted se ha relacionado con dos personas que fueron asesinadas ayer. Con Burt Stone y con Frank Sullivan. He investigado y sé que Burt estuvo aquí. Habló con usted ayer en este mismo despacho. Y no solamente eso, anoche nos dejamos caer por su apartamento, señor Holden. Usted no durmió allí, pero descubrimos algo muy interesante. Signos evidentes de lucha. Todo estaba volcado. Había un cristal roto de un ventanal y por si fuera poco, encontramos una bala enterrada en la propia madera de la ventana. Envié el proyectil a la sección de balística y resultó que el arma que la disparó es la misma con la que fue muerto Burt Stone. Sólo la de Frank Sullivan es diferente, pero eso no hace al caso. Apuesto a que son los mismos tipos. ¿Tiene bastante, señor Holden? ¿O necesita que le diga más?

—No estuve anoche en mi departamento de modo que no puedo saber nada acerca de lo que ocurrió allí. Pasé la noche en el hotel Roma, extremo que puede usted comprobar en unos pocos minutos.

—¡No me saque de quicio, Holden! Es posible que usted haya pasado la noche en el hotel Roma, pero eso prueba que usted sabía que lo estaban esperando en su apartamento. ¡No estoy dispuesto a que me tome el pelo...! ¡Va a decir todo lo que sabe o de lo contrario...!

—¿De lo contrario?

Se puso en pie con los puños muy apretados. Pasó junto a mí y se dirigió hacia la puerta. Sabía que se volvería para dirigirme la última palabra y yo también giré para tenerlo de frente. Lanzó la colilla antes de hablar.

—¡No podrá con ellos, Holden! Es un hueso demasiado duro de roer para usted. Le sacarán los intestinos o le rellenarán la boca y la nariz de cemento. Ellos saben unos cuantos procedimientos para liquidar a una persona. Lo suyo es el periodismo y nada más. Deje para la policía los asesinatos.

—Lo tendré en cuenta, teniente.

Sus labios se comprimieron.

—¿Cuándo lo dejará, Holden? ¿Cuándo lo encontremos en un

callejón oscuro o lo saquemos del fondo del agua?

Se quedó inmóvil esperando mi respuesta, pero, viendo que ésta no le llegaba, sacudió la cabeza y desapareció.

Acababa de dejarme caer sobre la silla, cuando se abrió la puerta y entró Jayne.

Solté un estornudo y dije mientras cogía el pañuelo:

—Me dieron una habitación con una ventana al Polo Norte. Es lo que te debo a ti.

Se acercó a mí y, cosa extraña, me puso las manos sobre los hombros.

Estaba encantadora con un vestido que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel.

—Johnny... Tengo que hablarte en serio.

—Estupendo, nena —dijo alegre—. Ya sabía que me aceptarías como marido.

—Me casaré contigo inmediatamente, esta mañana.

—¡Formidable! —Pretendí levantarme, pero ella siguió haciendo presión sobre mis hombros hacia abajo.

—Pediremos al jefe nuestras vacaciones y saldremos esta misma tarde para Arkansas —dijo—. Iremos a mi pueblo.

Instantáneamente caí de la nube.

Así, pues, eso era lo que ella pretendía. Igual que el teniente Miller, que abandonase.

—Tú sabes que eso no puede ser, Jayne. Tengo trabajo esta noche. He de ir a esa estación de servicio para ocupar el puesto del mensajero del sindicato.

—Le estuve dando muchas vueltas anoche, Johnny. Apenas he dormido. No estás representando el papel de protagonista de una película. Esos tipos son unos asesinos, Johnny. Por mucho interés que pongas en tu trabajo, ellos terminarán por conocer tu verdadera identidad, por desenmascararte y, entonces no tendrás ninguna oportunidad.

Te matarán instantáneamente.

Di un suspiro.

—Lo siento, nena, pero mi decisión es definitiva.

Nos quedamos mirándonos en silencio y finalmente ella, se separó de mí y se encaminó hacia la ventana, donde se detuvo mirando fuera.

Acudí a su lado, la tomó por un brazo y la hice girar. Luego le cogí la barbilla.

—No quiero que se escape nadie, Jayne. No se trata de que mi nombre se escuche en todos los rincones del país durante unos días. Hay mucho en juego. No sólo pretendo cazar a los salteadores de la agencia Sloane, Jayne. Es ese maldito sindicato el que más me interesa. Yo tampoco he dormido esta noche. He querido asegurarlo todo pensando hasta el último detalle. Naturalmente, será algo azaroso, pero, si saliese bien, podría rematar mi trabajo y ya puedes apostar habría media docena de altos personajes metidos en el cepo. Eso es ligo que no podría hacer el teniente Miller por más que lo intentase. El tiene límites, fronteras que no puede traspasar porque otros más fuertes que él se lo impiden. Un ciudadano cualquiera, un particular, yo mismo puedo hacer mucho más que él. Tengo la oportunidad y debo aprovecharla, Jayne. No se trata tampoco de satisfacer un deseo de venganza personal. Yo me transformaré en una pieza ejecutiva de la justicia. No puedo renunciar a esa misión que el destino ha puesto en mis manos. Sería una cobardía, Jayne. Algo que me estaría corroyendo el corazón durante toda la vida si claudicase.

Me miró con los ojos empañados de lágrimas. Durante unos instantes ella no pudo hablar ni yo tampoco. Finalmente moví la cabeza en sentido afirmativo y de pronto acercó sus labios a mi boca y me besó suavemente.

—Prométeme una cosa, Johnny.

—¿El qué?

—Que te vas a cuidar. Que no correrás ningún peligro innecesario.

Le acaricié la mejilla.

—Eso está prometido.

Me sonrió y abandonó mi despacho.

Quedé a solas. Consulté mi reloj. Eran las diez y media. Faltaban muchas horas para que yo empezase a poner en práctica mi plan de sustituir al representante del sindicato que tenía que verse con los salteadores del millón de dólares.

Me sentó a la máquina y me puse a hacer mi columna. Insospechadamente tuve la impresión de que la inspiración volvía a mí.

Hablé a mis lectores de la sociedad y de cómo ésta era burlada a veces por muchos de sus miembros considerados como altos dirigentes sin tacha. No atacaba a nadie en especial. Saqué el máximo de partido de mis ideas teniendo en cuenta la nueva perspectiva que me ofrecían mis recientes conocimientos.

Mi sección la escribía siempre con cuarenta y ocho horas de anticipación. Así, pues, aquel artículo no saldría hasta dos días más tarde y para entonces yo tendría que haber solucionado el caso y, si no era así, se cumpliría la profecía de Miller. Acabarían por encontrarme con un relleno de plomo, con una piedra al cuello o a pedazos.

Pasé por Jayne para almorzar, pero el poco tiempo que permanecemos juntos fue una auténtica ruina. Apenas despegamos los labios.

La tarde se me hizo larga, lenta.

Sobre las seis, Jayne volvió a entrar en mi despacho. Salimos juntos.

En la calle miré a un lado y otro buscando algún tipo que me vigilase, pero mi investigación resultó negativa. Al parecer, mi conducta merecía la aprobación del sindicato. También podía ocurrir que los tipos que me tuviesen a la vista fuesen demasiado listos para que yo los descubriese, pero me quedó con la primera versión porque quizá era la que más me convenía.

Conduje a Jayne a su apartamento y sin que hubiese previo acuerdo subimos juntos arriba.

Cuando estuve sentado en el *living room*, le dije a ella que había sido un acierto ir allí. Pasaríamos la tarde como una pareja de enamorados. Cualquiera que tuviese sospechas respecto a mis intenciones terminaría por disiparlas.

Ella se cambió de indumentaria y yo me tendí en el diván.

La oí moverse en la cocina y me dormí.

Me despertó con un beso y cuando yo intenté repetir me dijo que me fuese al cuarto de baño para remojar la cabeza. Había preparado la mesa. Cenamos con poca luz, como a mí me gusta y Jayne demostró que era una buena cocinera.

Eché una ojeada al reloj. Eran las ocho. Acababa de beber el café.

—Bien, pequeña —dije—. Ha llegado el momento. Tenemos que

despedimos.

Me puse en pie y ella dijo rápidamente:

—Te voy a ayudar.

—No puede ser y tú lo sabes.

—Sólo en la primera parte. Luego tendrás que hacerlo tú solo, pero quiero echarte una mano hasta que te desembaraces de ese mensajero.

Pensé que quizá haría falta y accedí.

Salí yo primero a la calle y fui a la tienda próxima para comprar un paquete de cigarrillos. Era solamente una excusa para cerciorarme de cómo estaba el panorama.

No vi a nadie sospechoso en las cercanías. Regresé al coche y ella bajó inmediatamente la escalera.

Pusimos proa a la carretera que conducía a los montes Kittatinny.

Faltaban treinta minutos para la hora fijada de la cita entre el representante del sindicato y los salteadores, cuando llegamos a la estación de servicio de J. Hay.

Me acerqué al poste de gasolina. Un tipo embutido en un mono blanco, impecable, nos hizo un saludo con la mano. Le dije que me pusiese treinta litros. Mientras cogía el tubo de goma pregunté si allí se podía tomar algo. Me señaló con el dedo índice el bar.

Cuando hubo terminado de servir la gasolina llevó el coche a una pequeña playa de estacionamiento.

Jayne saltó fuera y yo aproveché el momento que estaba de espaldas para abrir uno de los compartimientos del tablero y sacar una pistola. La había adquirido tres años antes cuando llegué a Nueva York con intención de meter cabeza en el periodismo. Entonces estaba decidido a hacer un reportaje que impulsase mi nombre a la primera página de cualquier diario. Me proveí de la pistola porque pensé que me podría hacer falta, pero no llegué a emplearla nunca. El sonámbulo de la pensión me evitó un trabajo excesivo.

Guardé el arma en el bolsillo interior de mi chaqueta y me uní a Jayne.

—Escucha, nena —le dije—. Te vas a quedar aquí mientras yo echo una ojeada al bar. Lo más probable es que todavía no esté dentro el tipo del clavel. Siempre ha de llegar un poco antes de la

hora prevista. Es lo lógico. En cambio, el fulano que envían los salteadores se demorará un poco. Quizá esté aquí a la hora pero dará una vuelta para cerciorarse de que todo marcha bien. Son gente que no se fía de nadie. Ese mecanismo nos proporcionará unos quince minutos que podremos utilizar en nuestro beneficio. Habremos de trabajar aprisa, pero yo creo que será fácil. Lo importante es que nos mantengamos serenos.

Me acerqué al establecimiento y me detuve junto a una ventana abierta. Dentro unos cuantos conductores de camiones hablaban en voz alta sobre

base-ball

. Un muchacho y una chica bailaban haciendo extrañas contorsiones al compás de *slow* lánguido y cansino como, una noche en los trópicos que desparramaba una victrola.

No se veía por ninguna parte al hombre del clavel.

Un tipo de cejas espesas y boca ancha atendía el mostrador.

Volví al asiento junto a Jayne.

—Todo está en orden —le dije.

Era cosa segura que el representante del sindicato traería su coche con el depósito bien lleno de gasolina. En tal caso, vendría directamente al lugar de aparcamiento, justo donde nosotros estábamos.

Se habían juntado allí cuatro coches y dos camiones. Sólo nos quedaba esperar.

Jayne me cogió la mano y me la apretó con fuerza.

Saqué cigarrillos, encendí dos y le entregué uno.

Cinco coches pasaron de largo procedentes de Nueva York y después uno se detuvo junto al poste, pero el hombre que conducía no era el que nosotros esperábamos.

Consulté el reloj. Faltaban trece minutos para la hora.

En ese instante apareció otro coche. La estación se hallaba bien iluminada y nosotros estábamos bien situados.

Le vimos enseguida el clavel blanco y sus gafas negras. Se dirigió directamente hacia la playa de estacionamiento. En ese momento yo puse el motor en marcha y salí fuera con mucha fuerza.

El coche que se acercaba frenó bruscamente porque yo le había interrumpido el paso con el mío.

Solté una correcta maldición para que el individuo la oyese y

luego fui a arrancar otra vez. El motor crujió, pero el coche permaneció en el mismo sitio.

—¿Qué le pasa? —Oí que preguntaba.

El fulano asomaba su cara defendida con las gafas negras por el hueco de la ventanilla.

Me vio en compañía de una mujer e instintivamente debió eliminar toda sospecha.

—No sé cómo diablos no lo he tirado todavía por un barranco —dije.

Finalmente dejé el motor quieto y salté fuera. Me enjuagué el rostro con un pañuelo.

Después eché una mirada al representante del sindicato. Señalé mi coche con el dedo.

—Pura chatarra, se lo digo yo. Esto sólo me pasa a mí.

Me acerqué a la portezuela, junto a la que estaba el hombre de las gafas negras.

—Oiga —me dijo—. Tiene usted suerte después de todo, esto es una estación de servicio.

—Yo soy un tipo de mucha suerte —asentí—. ¿Un cigarrillo?

Movió la cabeza en sentido afirmativo. Yo me llevé la mano al bolsillo donde llevaba la pistola. La alargué hacia él con toda naturalidad y apoyé el cañón en su cuello. El individuo me siguió mirando, pero ahora no movió una sola pulgada de su piel.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz temblorosa.

—Échese hacia allá, voy a entrar. No cometa ninguna diablura o lo decapito de un balazo.

Se retiró del volante y yo entré. Con la mano libre lo registré rápidamente. Encontré una pistola en la funda que tenía bajo el sobaco izquierdo. La guardé en mi bolsillo. Luego lo despoje de las gafas y el clavel y sumé ambas cosas a la pistola.

Asomé la cabeza por la ventanilla y le dije a Jayne que me siguiese con el coche.

Pero el individuo aprovechó el momento para atacar. Se abalanzó sobre mí, pero anduve listo y le hundi la pistola en el estómago.

—Inténtelo otra vez y no lo cuenta —lo amenacé.

Puso una cara de lástima y sacudió la cabeza en sentido afirmativo, alejándose otra vez hacia la portezuela de su lado.

Estaba por los cuarenta años de edad. Tenía la frente ancha y la nariz muy aplastada.

Nos pusimos en camino inmediatamente hacia la cabaña de Mike Jewett. Cuando nos alejábamos de la estación de servicio el individuo preguntó:

—¿Policía?

—No.

—Debería consultar con un psiquiatra. A usted no le funciona la cabeza.

Conducía con una sola mano. Y tenía que estar atento a la carretera y a mi prisionero. De todas formas me sobraba la pistola. Si hubiera intentado alguna cosa lo habría podido acogerar fácilmente. No debía pesar más de sesenta kilos y yo estoy por los ochenta.

Pero no intentó nada, temiendo que se escapase una bala.

Llegamos a la cabaña de Mike Jewett y obligué al fulano a saltar fuera.

Jayne llegó detrás y se unió a nosotros.

Por la ventana de la cabaña se filtraba la luz.

La puerta se abrió y apareció en el hueco Mike. Al verme con el arma en la mano frunció los ojos.

Pasamos todos dentro y dije a Mike:

—Trae una cuerda para este tipo.

El viejo se movió aprisa. Entregué la pistola a Jayne y yo mismo até a una silla a nuestro hombre.

—Se está jugando la cabeza —dijo—. Y apuesto a que la pierde.

—Cállese —le advertí.

Soltó una risita y se dedicó a observar los encantos de Jayne. Le hubiese pegado en la boca, pero no quise aprovecharme de la inferioridad manifiesta en que se encontraba.

Hice el último nudo y le quité la cartera del bolsillo.

—Eh —protestó—. ¿Es que me va a robar el dinero?

Había un fajo de billetes dentro, pero no los toqué. Me interesaba otra cosa.

Encontré lo que buscaba. Una tarjeta de identidad acreditativa de que Joe Ricco era contable diplomado por el Colegio de Houston. En la esquina superior izquierda había una fotografía de tamaño carnet. En ella aparecía Joe Ricco con unos cuantos años

menos. No había ningún sello que la manchase.

—Prepara agua caliente, Mike, y tráeme un poco de cola.

Joe Ricco soltó una risita.

—Va a usurpar mi identidad, ¿eh? Resultará divertido... para ellos. Lo descubrirán enseguida.

—Cierre el pico —le advertí.

Mike trajo un poco de agua caliente y un bote de cola. Despegué la fotografía de Joe Ricco y puse en su lugar una mía que llevaba preparada. Dejé que se secase un poco y devolví la tarjeta a la cartera de Ricco que guardé en el bolsillo.

—Se la tomo prestada por algún tiempo —expliqué.

Salí de la cabaña. Mike y Jayne vinieron conmigo. El viejo se rascaba la nuca.

—Dijiste anoche que esto era legal —me recordó.

—Lo es, Mike. Ese tipo pertenece a la legión de los cerdos. Sólo lo retiraremos de la circulación por algún tiempo.

—Está bien —asintió.

Saqué un billete de cien dólares de los míos y se lo alargué. El día anterior... pegué un sablazo a un amigo. Exactamente doscientos treinta dólares.

—Ya tendréis noticias más —dije.

Me encaminé hacia el coche y Jayne echó a correr y me alcanzó.

—Oye, Johnny, tengo miedo.

Sentí que se estremecía y ahora no debía ser el frío, como la noche anterior, porque llevaba más ropa encima.

—No tienes que preocuparte, nena. Todo va a salir bien.

Le sonreí mientras me quitaba la corbata. Se la puse alrededor del cuello. Luego saqué el clavel y me lo coloqué en el ojal de la chaqueta. Finalmente me puse las gafas negras y le entregué mi cartera.

—¿Quién va a decir que no soy el representante del sindicato?

Se abrazó a mí y pegó su cara a mi pecho. Yo le cogí la barbilla e hice que me mirase. La besé suavemente en la boca. Hubiese permanecido un rato con ella de buena gana, pero no podía demorarlo más.

—¡Infiernos! —exclamé mirando el reloj—. Es ya la hora.

Fue Jayne quien me rodeó el cuello con los brazos y me besó.

Me separé de ella y me metí en el coche que no era mío.

Regresé a la estación de servicio y aparqué de nuevo.

Vi nuevos coches y los dos camiones se habían marchado.

Me dirigí al bar y antes de entrar encendí un cigarrillo.

Los dos bailarines continuaban haciendo de las suyas, pero ahora interpretaban una pieza más movida. Había otras personas, pero no me entretuve en observarlas. Me senté en un taburete y pedí un *whisky* al tipo de las cejas espesas.

—Hace un calor espantoso —oí que decía alguien que estaba a mi derecha.

Volví la cabeza en aquella dirección. Era un hombre delgado de nariz aguileña y mentón saliente. Se cubría con una camisa floreada, cuyos faldones estaban fuera del pantalón.

—Sí —afirmé—. Es una noche muy calurosa.

El de la camisa policromada sacudió la cabeza y se pasó el pañuelo por la cara y el cuello.

Tomé el vaso de *whisky* que había dejado a mi lado y bebí un buen trago.

—Es una cosa que no comprendo —dijo otra vez el tipo delgado—. ¿Por qué ha de hacer calor en este tiempo? Escuché esta mañana el parte meteorológico.

Vaticinaba una máxima de dieciocho grados. Ni uno más. Le aseguro que lo oí.

Tenía especial interés en certificar que no lo sabía porque se lo hubiesen contado. Lo había oído.

Hice un gesto afirmativo concediéndole que tenía razón.

Supuse que ahora abandonaría el tema del calor y se referiría a algo más concreto. Me volví hacia él para que me viese el clavel, pero de pronto bajó del taburete y resonó:

—¿Sabe lo que voy a hacer, amigo?

—No lo sé —dije.

—Me voy a meter en mi piscina y no voy a salir de ella en toda la noche. Eso es lo que voy a hacer. No puedo resistir un calor así. El verano pasado perdí doce kilos. Si llega a hacer un poco más de calor me convierto en un charco. Es lo que me dijo el doctor. Sí, señor, un charco.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

Solté una maldición.

¿Qué le pasaba a aquel loco?

Empecé a pensar. Estaba claro. Quizá él había llegado antes que el representante del sindicato y sorprendió nuestras maniobras en la playa de estacionamiento. Debió ver cómo cambiaba yo de coche y cómo nos marchábamos. Estupendo, todo estaba arruinado. ¡Buen detective estaba hecho!

No solamente tenía que despedirme de los salteadores de la agencia Sloane, sino que mi vida a partir de ahora no valdría un centavo.

Observó al tipo de la camisa. No se dirigió directamente al lugar de aparcamiento. Dobló hacia la izquierda. Yo sabía lo que él iba a hacer. Sacaría una buena pistola y esperaría a que yo saliese. Y el teniente Miller no tardaría en encontrar mi cuerpo con un buen relleno de plomo.

De pronto una voz me llegó por detrás.

—Invirtió demasiado tiempo en llegar, amigo.

Empecé a girar.

—No se vuelva —dijo otra vez la voz—. Tengo una pistola que nadie ve. Pero le está apuntando a la espina dorsal. Disimule, ¿quiere? Siga mirando a la puerta.

CAPÍTULO VII

Traté de sonreír. Pero me mantuve quieto. Como él quería.

—¿Qué infiernos pasa...? —pregunté—. ¿No sabe quién soy?

—Enséñeme su credencial.

—¿Mi credencial...? ¿No tiene ya bastante con la fachada?

—No; no es bastante. Páseme su cartera por su costado más cercano al mostrador —hizo una pausa—. Procure que sea la cartera. Sé cuándo un hombre maneja una pistola y no le daré tiempo a verme la cara.

Soltó una risita.

—Es usted un hacha, amigo —dije—. Su jefe debe haberse quedado muy tranquilo.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la cartera que había quitado a Joe Ricco. Se la entregué como él pedía, por el lado izquierdo.

—Joe Ricco, contable —dijo en voz alta—. Un tipo que entiende de números, ¿eh?

—Diplomado por el Colegio de Houston —le ayudé a leer.

—Muy bien. Ya puede volverse.

Me volví.

Era muy joven. No tendría más de veintitrés o veinticuatro años de edad, rubio, de cejas casi blancas, y piel tostada por el sol. Se cubría con un suéter que le dejaba los brazos al descubierto, unos brazos de gruesos bíceps. Poseía unos ojos claros, de mirada extrañamente risueña.

Se echó a reír.

—Fue un buen truco —dijo—. Usted creyó que realmente tenía la pistola.

—Celebro que se haya divertido. Pero no me pagan para escuchar sus chistes. Será mejor que nos marchemos cuanto antes.

Se tornó serio y dijo:

—Tiene prisa, ¿eh?

—Me gusta ventilar los negocios rápidamente.

Sacudió la cabeza.

—Está bien, Pitágoras. Adelante.

Saltó del taburete y yo me puse a su lado. El renacuajo no me llegaba al hombro. Pero era muy fuerte, condenadamente fuerte, y él lo sabía.

Pagué mi *whisky* y echamos a andar hacia la puerta.

Mi compañero se detuvo ante una máquina y echó una moneda por la ranura, recibiendo a cambio una porción de goma de mascar. Le quitó el envoltorio y se lo metió en la boca. Mientras realizaba la operación sus ojos estaban fijos en la joven que bailaba con el muchacho. Hizo chasquear la lengua y dijo:

—Lo hace bien. Palabra que lo hace bien.

Yo no hice ningún comentario y salimos fuera. Nos dirigimos a la playa de estacionamiento y señalé mi coche, el de Joe Ricco.

—Va a viajar conmigo —dijo el rubio.

—¿Y mi coche?

—Lo dejará aquí. Cuando hayamos terminado de hablar, yo le traeré otra vez.

—Está bien.

Mientras arrancaba dijo:

—Aún no ha dicho por qué se entretuvo. Pasaban casi quince minutos de la hora. —Tuve que librarme de mi chica. ¡Saqué entradas con antelación para un espectáculo de Broadway!

—Qué lástima.

—Se quedó lloriqueando, pero se conformó.

Rió por lo bajo.

—Las mujeres... Son estupendas, pero nos evitaríamos muchos disgustos si las colgásemos a todas.

Estuve conforme con que las colgasen a todas. No quería discutir con él.

Siguió hablando.

—Hace un par de años conocí a una fulana en Denver. Tenía que haberla visto. Era una pelirroja que no estaba falta de nada. Y ya me entiende lo que quiero decir con eso. Yo pensé que la chica me venía a la medida, pero a la hora de conocerla me separé de ella

como una bala. ¿Y sabe por qué?

—Ni siquiera lo sospecho.

—Resulta que era una acróbata que trabajaba en un circo. ¡Infiernos! Cuando intenté darle un beso se me empezó a doblar como una anguila y se me escurrió. La vi salir por detrás de mí convertida en un cuatro. Solamente quiso hacerme una demostración, luego se puso en pie y me abrió los brazos, pero a mí se me puso la carne de gallina. Le dije que me había olvidado de cerrar la llave del gas y todavía me está esperando.

Lanzó una carcajada y yo reí suavemente para no contrariarlo.

El coche corría a una buena velocidad.

—¿Tiene cigarrillos? —preguntó—. Los míos se me mojaron y no me he acordado de comprar en la estación.

Le ofrecí el paquete que debía contener media docena de pitillos.

—Quédese, yo tengo uno entero.

Ambos empezamos a fumar. Hacía tres cuartos de hora que habíamos dejado atrás la estación de servicio cuando se detuvo.

—¿Hemos llegado? —pregunté.

Me miró sonriente.

—No, todavía no —dijo—. Pero vamos a realizar la segunda parte del programa.

Sacó un pañuelo negro del bolsillo y empezó a doblarlo sobre las rodillas.

—¿Es que me va a vender? —pregunté inquieto.

—Acertó usted —me enseñó los dientes—. ¿Sabe que tiene aptitudes para participar en el concurso de doble o nada?

—¿Para qué esa precaución?

—Es usted demasiado ingenuo, Pitágoras —se humedeció los labios con la lengua—. Mis amigos y yo tenemos un millón en juego, ¿sabe? Nos costó mucho trabajo reunirlo. Somos como hormiguitas que han llevado a su granero un pedazo de comida.

—Usted conoce la clase de personas que yo represento. Son formales. Hemos hecho muchos negocios como éste.

—Ahí es donde se equivoca, amigo. Ustedes habrán hecho muchos negocios, pero jamás uno de un millón de dólares. Es demasiado dinero. ¿No ha visto un millón junto nunca? Seguro que no, Pitágoras. Es un enorme fajo de billetes, quizá tan grande como

el Empire State. Demasiado tentador, incluso para un sindicato como el de ustedes.

—No les va a gustar a mis jefes el trato que se me da.

—Al mío tampoco le agradaría que yo me presentase con usted sin haberlo vendido. Como resulta que nosotros somos los que tenemos la sartén por el mango, usted se va a conformar con su suerte. Verá como no pasa nada. Sus jefes se mostrarán comprensivos.

Apreté los labios rabioso. De nada iba a valer que yo corriese aquella aventura. Hablaría con el jefe del renacuajo y cuando hubiésemos llegado a un supuesto acuerdo, me volverían a sacar con el pañuelo sobre los ojos. Si hubiese estado solo me habría golpeado la cabeza contra la pared. Un simple castigo a mi estupidez.

Me puso el pañuelo, me obligó a volver la cabeza e hizo un fuerte nudo atrás.

Entre que era de noche y el pañuelo negro, no pude ver absolutamente nada.

—Andando —dijo y puso otra vez el coche en marcha.

En un principio, pensé que quizá podría localizar el lugar si me fijaba mucho en las maniobras, pero al cabo de un rato me convencí de que todos mis esfuerzos serían inútiles. Empezamos a dar vueltas y más vueltas de un lado a otro. Sentí que los neumáticos crujían sobre caminos de grava. Fue para mí un laberinto.

Bien; me conformé con mi suerte.

Nos detuvimos otra vez y oí cómo abría la portezuela de su lado.

—Espere, amigo. Voy a ayudarlo. No se quite el pañuelo hasta que yo se lo diga.

Vino por mí y me cogió del brazo para que bajase.

El aire fresco de la noche me acarició el rostro.

Me condujo como un lazarillo y oí el chasquido de una puerta.

—Suba la pierna. Hay tres peldaños.

Una voz extraña preguntó:

—¿Que os ha pasado, Donald? Traéis un retraso de quince minutos.

Donald respondió:

—Fue él. Tuvo un jaleo con su chica y empleó unos cuantos minutos en desembarazarse de ella.

Me empujó hacia el interior de la casa mientras hablaba. Cerca de mí oí una respiración.

Una voz de mujer dijo entonces:

—Caramba, esto empieza a ser divertido. ¿Jugamos a la gallina ciega?

—¡Cállate! —le ordenó el tipo que había hablado con Donald.

La puerta se cerró por detrás.

—Ya se puede quitar el pañuelo —dijo Donald.

Me llevé la mano a la nuca y deshice el nudo.

La luz de la lámpara me cegó y tuve que restregarme los ojos.

Luego vi a un tipo alto y moreno de cabello rizado y ojos negros. Exhibía el torso desnudo y su pecho era ancho, cubierto de vello. De su cuello pendía una cadena que sujetaba una moneda de oro. Donald estaba a su derecha. A la izquierda había un sillón y sentado en él un hombre pelirrojo, de nariz pecosa y boca muy pequeña. Sostenía en la mano derecha un vaso de *whisky*. Al fondo, recostada en un diván en una postura indolente, había una mujer. Era rubia, de bello rostro y cuerpo fascinante. Se cubría con una blusa y unos *shorts* que dejaban al descubierto unas piernas largas y bronceadas.

Estábamos en una confortable cabaña de esas que utilizan los millonarios en los fines de semana. Al fondo había una chimenea en la que ardía un grueso tronco. En un rincón un bar y frente a él una escalera que conducía a los dormitorios. No hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que el tipo de la moneda de oro era el jefe.

Todos me estaban mirando fijamente mientras yo observaba los detalles.

—¿Terminó ya? —dijo el hombre de la moneda en el pecho.

Hice un gesto afirmativo y respondí:

—Son ustedes muy precavidos, pero no necesitaban vendarme. ¿O es que han creído que les voy a denunciar a la policía?

El tipo moreno se señaló a sí mismo con el dedo.

—Oiga, soy Buddy Saxon. Quizá no le diga nada ese nombre, pero era muy conocido hasta hace un año por la policía de Los Angeles. Unos cuantos amigos míos y yo organizamos una pandilla. Nos dedicábamos a hacer pequeños atracos. En el mayor de ellos no alcanzamos a llevarnos un botín de trescientos dólares. Eso ha sido mi vida y tengo veintiséis años. ¿Sabe lo que supone eso? Me han

cogido muchas veces y pasado doce años de esos veintiséis metido en reformatorios y cárceles. Al final me cansé. Un viejo de ochenta y cuatro años, antiguo salteador de trenes, me dijo cierto día que todo consistía en pegar un buen golpe y retirarse. Nada de menudencias. Hay que meter la mano en una buena bolsa y llenarse bien los bolsillos.

¿Lo ya entendiendo? —Frunció los ojos—. A propósito, aún no sé cuál es su nombre.

—Joe Ricco —dijo Donald.

—Cállate. No te lo he preguntado a ti. Es él quien lo debe decir.

—Joe Ricco —repetí.

—Está bien, Joe. ¿Dónde estábamos? —Miró el techo e hizo chasquear los dedos—. Ah, sí. Como le iba diciendo, aquel viejo cambió el rumbo de mi vida. Habló para mí mejor que todos los libros y entonces me dedique a preparar un golpe bueno, un golpe que valiese la pena. En Los Angeles era demasiado conocido. No había que pensar en darlo allí y además necesitaba gente nueva, amigos que tuviesen las mismas ideas que yo. Me prestaron un poco de dinero porque estaba en las últimas y me vine al Este. Aquí tuve la suerte de conocer a Steve Derek —señaló al pelirrojo.

Steve Derek me miró con ojos vidriosos.

—¿Para qué tanta explicación, Buddy? —dijo por la comisura de la boca.

—Es justo que sepa lo que somos nosotros —sonrió Buddy—. El representa a una pandilla de fulanos que en su vida han dado golpe. Es mejor advertirle que no consentiremos nos hagan una mala pasada —me señaló con la mano—. Bien, Ricco, Steve Derek tenía en proyecto el asalto de la agencia Sloane, pero hasta entonces no había encontrado gente competente, ya sabe, de su confianza. Se dio cuenta enseguida de que yo era el tipo que necesitaba. Entonces nos aprendimos bien todas las combinaciones desde la A hasta la Z. En las últimas semanas nos preocupamos de contratar a un tercer muchacho.

—Ese fui yo —dijo Donald sonriente.

Buddy Saxon hizo una mueca y Donald borró la sonrisa de sus labios.

—Nos jugamos el pellejo, Ricco, pero todo salió a pedir de boca y, ¿por qué? Porque Steve Derek y yo conservamos la cabeza sobre

los hombros.

—Todo eso está muy bien —dije—. Y ya que me lo están explicando, ¿dónde diablos se metieron después del asalto?

Hubo un silencio. Los tres fulanos se miraron sonrientes. Finalmente Steve Derek observó su vaso de *whisky* y contestó:

—Fue sencillo —se echó a reír—. Nosotros formamos parte de los dos mil policías que trataban de cazar a los asaltantes de la agencia Sloane.

Donald se golpeó la rodilla con las manos y se agarró los riñones riendo a mandíbula batiente. Sus dos compañeros participaron en el jolgorio.

Renació la calma.

—Muy instructivo —dije fijándome en las piernas de la muchacha.

La rubia captó la intención de mis palabras y en sus labios aleteó una sonrisa mientras me medía de pies a cabeza.

Buddy Saxon se limpió los ojos con un pañuelo y dijo mirándome:

—Está bien, amigo. Suelte usted prenda.

—¿No me invitan a beber un trago antes? Tengo la garganta reseca.

—Sírvase usted. Aquí no somos criados de nadie.

Hice un movimiento afirmativo y me encaminé al bar.

Pasé cerca del diván y aproveché la oportunidad de mirar otra vez a la rubia. Era una buena pieza, la novia de Buddy o de Steve, indudablemente.

Me detuve ante el bar, cogí una botella y me preparé un *whisky*.

Iba a echar un trago, cuando de pronto mis ojos se detuvieron en una pequeña mesa sobre la que descansaba un teléfono.

Apuré el *whisky* hasta la última gota y me serví más. Con el vaso en la mano me volví y pregunté:

—¿Qué clase de oferta tiene que hacerme?

—Oh, no —rió Buddy—. Ése no es el juego, amigo. Usted es el que tiene que empezar.

Desde aquel lugar no podía ver el número del teléfono en el rectángulo de la cartulina. Di unos pasos por detrás del diván y me detuve justo detrás de la rubia.

—Trescientos mil —dije.

Se hizo un silencio tan espeso que se podía haber cortado en rebanadas.

Steve Derek dejó oír su voz cargada de ira:

—¡Suelte otro chiste como ése y le rompo todos los huesos, Ricco!

—El suyo tiene menos gracia —contesté sin perder la calma—. ¿Qué esperan ustedes?

—Es un millón lo que ofrecemos —intervino Buddy Saxon—. No habichuelas.

—Exacto. Un millón. No crean que lo voy a contar. Acepto su palabra. Pero es dinero maldito, compañero. Ustedes mismos llevan corriendo de refugio en refugio un año sin atreverse a sacar un cochino dólar de esa fortuna.

—Pero ustedes tienen medios para colocarlo en el extranjero.

—Sí, podemos hacerlo. Pero requiere una organización. Ustedes son tres a repartir. Nosotros somos docenas de empleados y todos necesitamos comer. ¿Creen que una cosa como la nuestra se improvisa de la noche a la mañana? Hemos de comprar a buen precio para poder mantener en pie el tinglado del que en resumidas cuentas ustedes son los que se benefician.

—No continúe o nos partirá el corazón —dijo Buddy Saxon.

Steve Derek se puso en pie. Era tan alto como Buddy y parecía poseer una recia musculatura. Echó a andar hasta el centro de la habitación y se detuvo mirándome. Luego dijo:

—Nos dará setecientos cincuenta mil dólares limpios. Así tendrán ustedes a su favor una diferencia de un cuarto de millón. Con eso podrán alimentarse todos ustedes, sus mujeres y sus hijos.

Moví la cabeza en sentido negativo.

—No, Steve. No somos tontos. En el botín hay trescientos mil dólares de la Reserva Federal. Ese dinero es intocable, ni siquiera lo podemos colocar en el extranjero.

—¡Cuentos! —exclamó Buddy Saxon adelantándose también.

—Créalo o no, nosotros partimos de la base de los setecientos y, por lo tanto si les entregamos medio millón será un trato razonable por ambas partes.

—¿Y qué hacemos con los de la Reserva? ¿Los quemamos?

Me mojé los labios con la lengua.

—Quedarán también incluidos.

—¡Maldita sea! —exclamó Steve—. Ya te lo advertí, Buddy. Son unos vulgares estafadores. No pueden colocar los trescientos mil de la Reserva Federal, pero se los quieren llevar.

Donald, que había permanecido callado hasta entonces, apretó los puños y gritó:

—¡Dejadme que le rompa la cara!

Saltó como si tuviese los pies sobre resortes metálicos y se lanzó sobre mí tratando de cazarme con el puño derecho.

A pesar de lo imprevisto del ataque pude doblarme para evitar la colisión con sus nudillos. Lo conseguí a medias, porque me pegó en el cuello. Casi perdió el equilibrio y pasó por mi lado. Pero yo entonces me volví como una centella y le solté un trallazo entre el pómulos y la oreja. Se oyó un restallido. Donald salió lanzado a una velocidad increíble, tropezó con el bar y se vino abajo emitiendo un ronquido. Allí quedó semiinconsciente.

Me volví hacia sus compañeros y pregunté:

—¿Alguien más quiere romperme la cara?

CAPÍTULO VIII

Hubo un silencio y de pronto la rubia empezó a aplaudir.

Buddy Saxon, que estaba a su lado, le soltó un bofetón. La joven lanzó un grito y cayó hacia atrás.

—No te metas en esto, Debra —advirtió Buddy Saxon mirándola ominosamente.

Así, pues, la rubia pertenecía a Buddy Saxon. Pero lo que vi en el rostro de Steve Derek me gustó mucho más. Miraba con una expresión infrahumana a Buddy.

—Nunca le he pegado a una mujer —dijo—. Y no consentiré que nadie lo haga en mi presencia, Buddy.

Buddy Saxon lo observó con los ojos fruncidos.

—¿Qué te importa a ti? ¡Yo hago con ella lo que quiero!

—No, Buddy. No lo vas a hacer.

—¿Qué tienes tú que ver con Debra? —Buddy empezó a reír—. Ya comprendo. Ella te gusta. Me imaginaba que te estaba pasando algo de eso.

—¡Cállate! —gritó Steve.

Buddy Saxon continuó riendo.

—Es la mar de divertido —declaró—. Apuesto a que te mueres por sus huesos. Es algo que no puedes disimular, Steve.

—¡Te he dicho que te calles!

Hubo un largo silencio.

El rubio se había recuperado ya y después de soltar una maldición vino otra vez sobre mí. Podría haberle pegado a placer en el estómago, en el hígado o en el mismo mentón porque no se cubría el muy estúpido. Pero no me interesaba.

Me alcanzó con la izquierda en la sien y caí hacia atrás, golpeé contra la mesa y me derrumbé. Vi el teléfono cerca de mí y grabé en

mi mente el número. Luego empecé a levantarme. Donald creyó que me tenía cogido y quiso cazarme con el pie. Lo agarré por el tobillo y tiré. Cuando estaba a punto de tocar el suelo le solté un trallazo con la derecha. Vi cómo ponía los ojos en blanco antes de desplomarse.

Me incorporé frotándome las manos en las perneras del pantalón. Buddy tenía una pistola en la mano.

—¡Quieto, Joe! —me dijo—. Con una demostración tenemos bastante.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—No fue mía la culpa —expliqué—. El empezó primero.

Steve tardó en calmar su respiración.

—Todos nos hemos puesto un poco nerviosos —murmuró.

Sonreí y dije:

—Es natural, llevan muchos meses encerrados.

—¿Quién está encerrado? —retrucó Buddy Saxon—. Eso ha sido lo más bueno de nuestro plan. Hemos seguido gozando de libertad.

—Déjese de historias, Bud... ¿Qué clase de vida han llevado desde que escaparon de la agencia Sloane? Tienen un millón de dólares y es como si no tuvieran nada. Ustedes me recuerdan a esos avaros que están atesorando dinero toda su vida y que llevan una existencia miserable. ¿Por qué no aprovechan la oportunidad que les brindamos?

—Mejore lo oferta y quizá lleguemos a un acuerdo.

Dejé transcurrir unos segundos para que Donald se acabase de levantar. De la comisura de la boca le salía un hilillo de sangre.

Hizo un gesto para volver a la pelea, pero Buddy Saxon lo detuvo con voz seca.

—¡Ya se acabó, muchacho! Nos aburrirte con tu destreza. Siempre llevarás la peor parte a pesar de tus músculos. Joe Ricco sabe lo que se hace.

Donald esperaba esas palabras para retirarse dignamente. No hubiese querido probar suerte otra vez. Sabía que le haría besar el suelo.

Se sentó junto a la rubia y restañó la sangre con un pañuelo.

Entonces, cuando tuve a todos pendientes de mis palabras, dije:

—Medio millón. Es mi última palabra.

Buddy Saxon y Steve Derek se miraron, sostuvieron un diálogo

mudo y finalmente el primero de ellos dijo:

—De acuerdo, Joe. Medio millón. Pero ha de ser mañana.

—No es seguro.

—Tenemos prisa. Usted lo dijo antes. Queremos salir ya de esto —miró a Steve—. Antes de que uno de nosotros reviente.

Saqué un cigarrillo y me lo puse en los labios. Encendí.

Necesitaba saber de qué forma habían establecido contacto con el sindicato. Era un dato que, tarde o temprano, podía facilitar o empeorar mi labor cuando me tuviese que enfrentar con los tiburones.

Di una larga chupada y expulsé el humo.

—Sólo falta que me den cuenta de un detalle —hice una pausa—. ¿Cómo se pusieron en relación con el sindicato?

—Fue Steve —respondió Saxon—. Se encontró en Siracusa a un antiguo compañero de celda. El fulano resultó un bocazas y dijo que era agente de ustedes. Su misión consiste en husmear dónde hay dinero sucio que pueda adquirir el sindicato.

Steve Derek hizo una mueca desagradable.

—Oiga, Joe —me dijo—. ¿Qué le importa a usted eso?

—Simple curiosidad. Algo muy humano. ¿No le parece? En nuestra organización, cada uno de sus miembros tiene que cumplir un trabajo. Yo solamente conozco al jefe. Ni siquiera he visto el color del cabello de los demás y uno siempre quiere saber más de lo que le conviene.

Buddy Saxon guardó la pistola e hinchó los pulmones demostrando con ello su enorme capacidad torácica. Luego dijo:

—Mañana, a la misma hora, lo estará esperando Donald en la estación de servicio de J. Hay. No admitiremos un dólar menos por nuestro botín. De modo que, si les interesa, usted vendrá acompañado de una valija, que deberá contener el medio millón de dólares. —Intentaré convencer al jefe.

—No nos vengán con que quieren sacar mayor tajada. Ya consiguen bastante.

—De acuerdo, Buddy. Haré todo lo posible por favorecerles.

—Eso está bien. Si se porta como las personas, es posible que se gane unos cuantos billetes extra. Nosotros somos así de agradecidos.

Contemplé a los cuatro. Buddy y Steve, un par de delincuentes que no vacilarían en apretar el gatillo contra su propia abuela.

Donald, un paranoico que debía estar en observación permanente en un hospital.

Y en cuanto a Debra, bueno, era cuestión aparte. Quizá la única persona a quien permitía mostrarme su agradecimiento.

Buddy Saxon dijo:

—El señor Ricco ha terminado su visita, Donald. Acompáñalo al mismo lugar de donde lo trajiste.

Hice una mueca.

—¿También vendado?

—También vendado —asintió Buddy.

Señalé a Donald, que se había puesto en pie.

—Me ha tomado manía y si me encuentro a su merced es capaz de levantarme la tapa de los sesos.

Saxon miró a Donald.

—No le harás ningún daño, pequeño Hércules. Es nuestra gallina de los huevos de oro.

No lo olvides.

—No lo olvidaré —murmuró Donald con voz lúgubre.

Sacó otra vez el pañuelo negro, vino por detrás de mí y me lo puso igual que antes. Luego me tomó de un brazo y me condujo fuera de la cabaña. Iniciamos el viaje de regreso y no despegó los labios.

Por fin detuvo el coche y me quitó el pañuelo. Seguimos el camino en silencio hasta llegar a la estación de servicio de J. Hay. Allí abrió la portezuela y exclamó:

—¡Salta fuera, maldito!

Descendí y cerré la portezuela de un golpe.

—Gracias por el viaje, Donald.

Apretó rabiosamente los labios y se alejó con el coche a toda velocidad.

No, no me hacía falta seguirlo. Ahora tenía un medio de saber dónde se ubicaba la cabaña.

Me dirigí al bar, pedí un *whisky* en el mostrador y mientras lo servían me metí en la cabina telefónica y marqué el número de Mike Jewett.

Escuché la señal al otro lado y por fin Mike cogió el aparato y empezó a preguntar quién era.

—Soy yo, viejo —respondí—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Perfectamente. Sólo que este fulano se queja de los nudos que le hiciste. Dice que le aprietan demasiado.

—Escucha, Mike. Eso nos va a venir bien para que escape.

—¿Para qué escape? —repitió—. No te comprendo.

—No hace falta que lo comprendas, viejo. Necesito que el pájaro vuele de la jaula. Desátalo y átaló de nuevo, de forma que pueda librarse fácilmente. Para completar la escena, Jayne y tú tenéis que simular que estáis durmiendo. ¿Tienes una pistola?

—Desde luego, y un rifle también. Todo un arsenal.

—Te bastará con el revólver. Empúñalo bien por si ese angelito se atreve a molestaros. No creo que lo haga. Lo lógico es que salga pitando hacia mi coche. El sabe que debe continuar ahí. Eso es todo.

—Bueno, que me maten si entiendo una palabra.

—Y ahora un encargo especial. No dejes que Jayne abandone la cabaña. Quiero que pase ahí la noche.

Dentro de unas horas puede estallar un polvorín muy cerca de mí y no quiero que esté a mi lado cuando ocurra.

—De acuerdo, Johnny.

De pronto el teléfono cambió de manos y Jayne exclamó:

—Oh, Johnny... ¿Salió todo bien?

—Sin un solo fallo, nena. Ya te lo aseguré.

—¿Vas a venir por mí?

—Más tarde. Ahora te vas a tener a las instrucciones que he dado a Mike y cúmplelas al pie de la letra.

—¿Qué estás tratando, Johnny?

—La única idea que me bulle en la cabeza es la de hacer lo posible para convencerte de que seas mi mujer.

—Eso ya lo has logrado. Quiero saber la verdad.

—Vas a ser una chica obediente, Jayne. Es lo menos que puede exigir un hombre de su futura mujer.

—Sé que te dispones a hacer una locura, Johnny, y no lo puedo permitir. ¿Me escuchas, Johnny?

—Eres un ángel.

—¡Llama al teniente y ponlo al corriente de todo!

—Ahora me doy cuenta de que he perdido mucho tiempo contigo, nena.

—¡Te estoy diciendo que llames al teniente Miller!

—Es una lástima que no me diese cuenta antes. Nos conocimos hace un año y medio. Podíamos tener hasta un hijo, pero aún no es tarde. Ya puedes apostar a que trataremos de recuperar el tiempo perdido.

—¡Johnny!

Colgué antes de que pudiese pronunciar otra palabra.

Salí de la cabina. Bebí de un trago el *whisky* y pagué su importe. Luego volví al coche y seguí adelante, hacia la bifurcación.

Cerca de ella me detuve, saqué el coche de la carretera y apagué los faros.

Empecé a fumar. Iba por el quinto cigarrillo cuando vi una luz potente. Mi propio coche, conducido por Joe Ricco, tomó la curva sobre dos ruedas y se dirigió a Nueva York.

Todo salía conforme el plan concebido y di por descontado que Mike Jewett le había quitado las ganas de tomarse una revancha teniendo la pistola cerca. Después de todo, Joe Ricco debía pensar solamente en huir. Había en juego un millón de dólares y yo estaba en medio. Tenía que comunicar inmediatamente a su jefe lo que había pasado.

Le dejé tomar un poco de delantera y empecé la persecución.

Joe Ricco había tomado el camino desde la cabaña sin ser seguido por nadie y no podía pensar que lo estuviesen esperando precisamente en la pista principal. Si se daba cuenta, yo no lograría nada, pero la cosa estaba bien pensada y esperé que el truco surtiese su efecto.

Llegamos a Nueva York y tuve que arreglármelas bien para no perderlo de vista.

Después de una carrera a través de una docena de calles se detuvo ante una puerta de hierro de una casa residencial.

Me cogió casi de improviso a treinta yardas y tuve que desviar bruscamente hacia un lado.

Hubiese sido una temeridad pasar delante de sus propias narices porque yo pilotaba su coche.

Aparqué a una buena distancia de allí y regresé moviendo las piernas con toda la celeridad que me fue posible.

Mi coche, tripulado por Joe, había desaparecido. Eché un vistazo al muro. Era muy alto, demasiado para mí y para cualquier hombre que no tuviese ventosas en manos y en pies.

Me eché el sombrero sobre los ojos y pasé por la puerta principal. Al fondo, entre las rejas, sólo vi la masa oscura del jardín.

Seguí andando y di la vuelta a la casa por el otro lado. El muro seguía siendo tan alto como antes.

Me estaba dando a todos los diablos cuando de pronto se me ocurrió una idea. ¿Cómo no lo había pensado antes? Me quité el cinturón que sujetaba mis pantalones y lo cogí por el extremo opuesto a la hebilla. Lancé ésta hacia la parte superior del muro. Luego tiré rápidamente y el resultado fue que la hebilla me golpeó en la cara, cerca de un ojo.

Me hizo más daño que los puños de Donald.

Después de soltar las maldiciones de rigor, lo intenté otra vez. Nuevo fallo.

Empecé a sudar como un condenado. Por fortuna para mí por aquel lugar no transitaba nadie. Podía realizar el ensayo durante horas, pero ¿qué pasaría mientras?

No hacía falta ser muy listo para saberlo. Joe Ricco estaba comunicando al jefe del Sindicato del Dinero Sucio que Johnny Holden, un vulgar periodista, se había propuesto hundirlos. Y lo más gracioso del caso era que yo no podía acudir a la policía. No serviría de nada. ¿Qué clase de pruebas enseñaría al teniente Miller? Absolutamente ninguna.

Mi idea era buena. La de entrar en la casa y obligarlos a cantar. Me los imaginó formando un gran coro, golpeándose el pecho, acusándose de la muerte de Frank Sullivan, Burt Stone y de docenas de otros tipos, pero ¿a quiénes encontraría en el interior?

La curiosidad me ayudó a reanudar mis esfuerzos. Lo intenté otra media docena de veces y de pronto, sí, amigos, la hebilla quedó clavada arriba, en lo alto del muro. Bien, ahora todo consistía en que resistiese mi impulso.

No lo resistió. Cuando estaba por la mitad me vine abajo y golpeé la cadera contra el suelo.

Seguí avanzando buscando otro lugar en donde probar suerte y de pronto me quedé asombrado viendo una puerta. Dudo que un estibador de los muelles soltase las palabras que yo lancé durante un minuto largo.

Me puse el cinturón.

Tanteé la puerta. Indudablemente era una salida trasera del jardín, la que utilizaba la servidumbre.

Traté de apoyar mis pies, pero la suela resbaló. Entonces me quité los zapatos y los calcetines, metí éstos en aquéllos y los arrojé por encima a la otra parte del muro.

Empezó a ser más fácil. Trepé con manos y pies igual que un mono y llegué a lo alto.

Seguidamente me descolgué dentro.

Estaba poniéndome el segundo zapato cuando oí un ladrido.

¡Infiernos! ¿Es que todo iban a ser dificultades?

Los ladridos se fueron acercando y yo eché una mirada atrás, hacia el muro, diciéndome que debía marcharme cuanto antes, pero ya era demasiado tarde. El perro se acercaba a todo galope.

Empuñé la pistola y esperé.

El perro apareció entre los arbustos, a menos de cuatro yardas y se quedó quieto.

No me pareció un perro. Tenía que ser un elefante. Era grande, demasiado grande. Sus ojos estaban muy por encima del suelo y brillaban como ascuas. De su garganta salía un sonido gutural. Ese sonido terrorífico que precede al ataque.

Naturalmente podía pegarle un tiro, pero ¿qué adelantaría con eso? Sería mi tarjeta de visita.

Dio un paso hacia mí, luego otro y de pronto dejó de armar jaleo y sentí cómo movía el rabo. Acercó el hocico y olisqueó la pistola. Entonces me rozó el muslo con la cabeza.

Comprendí inmediatamente lo que ocurría. Yo estaba empuñando el arma de Joe Ricco y el olor de ésta había bastado para que el can me considerase como persona amiga.

Di un suspiro y con un poco de temor le acaricié el lomo.

—Anda, perrito, lárgate a dormir —le dije.

No me hizo caso. En fin, no podíamos estar allí él y yo toda la noche contemplándonos.

Eché a andar hacia la casa. Vi una terraza que estaba iluminada. El perro seguía detrás de mí.

Me encontraba detrás de un seto, cuando una voz gritó:

—¿Dónde estás, «León»? ¡Ven aquí!

El perro levantó la cabeza y yo esperé su reacción. Me miró unos instantes y finalmente decidió marcharse.

La voz procedía de la oscuridad. Probablemente se trataba del jardinero o de algún criado que habría salido al escuchar los ladridos.

Me quedé solo.

Oí otra vez la voz.

—Vamos, «León». Será mejor que te ponga la cadena. No quiero que me des una mala noche.

Aprobé en mi fuero interno su idea. Que lo amarrasen hasta por el rabo.

La terraza iluminada estaba desierta. Subí por una escalera de piedra y llegué arriba. En la terraza había una mesa y varias sillas. Sobre la mesa descansaba una botella de *whisky* y algunos vasos. Era lo que yo necesitaba. Escancié una buena ración de *whisky* en uno de los vasos y lo canalicé hacia el estómago.

Era bueno, realmente bueno. Estuve a punto de llevarme la botella pero decidí que debía tañer las dos manos libres y me despedí de ella, pegándole otro tiento.

Del interior de la casa me llegaron voces, una de ellas muy alterada.

Pasé dentro. Aquello era un palacio. Vi un gran *hall*, un escalera de mármol y una gran lámpara que pendía del techo. En la pared había cuadros, copias de grandes maestros.

Las voces salían de una habitación cuya puerta estaba abierta. Me acerqué sigilosamente y me apoyé en la pared para escuchar.

—¡Usted es un maldito imbécil, Joe!

—Se lo he contado todo, jefe. Ese tipo, el periodista, conocía nuestra contraseña. Ya sabe, lo del clavel, las gafas y la camisa sin corbata. Le bastó con llegarse a la estación de servicio de J. Hay y esperar a que yo llegase.

—Si, y eso sólo quiere decir una cosa. Frank Sullivan sacó una copia de su transcripción, y Holden se hizo con ella. Es un tipo listo ese Holden.

Aquella vos me era familiar, pero no conseguí identificarla.

Ahora Joe Ricco preguntó:

—¿Qué cree que va a pasar, jefe?

Hubo una pausa. Luego el jefe respondió:

—Me gustaría conocer las intenciones de Holden. ¿Qué es lo que busca él en todo esto?

—Hacerse con el millón de dólares.

—No estoy muy seguro. Es lo que haría un hombre normal, pero Holden no lo es.

Resistí la tentación de entrar en la habitación. Quién creía que era yo. ¿Un marciano?

—No le comprendo, jefe —dijo Joe.

—Holden pertenece a una clase de hombres de los que van quedando pocos en el mundo. Es un romántico de la justicia, de la ley.

—Yo pensé que un romántico era un tipo a quien le gustaba una sola mujer.

Estuve a punto de carcajearme. Que se lo preguntasen a Ursula, a Sylvia, a Nora, a Susan. Pero me acordé de Jayne y todo se vino abajo. Casi solté un gemido al descubrir que yo era un romántico completo, de la cabeza a los pies.

—¿Qué va a hacer, jefe? —preguntó otra vez Joe Ricco.

—No soy yo quien ha de decidir.

Eso era gracioso, la mar de gracioso. Resultaba que no estaba en la casa del jefe supremo. El hombre que hablaba con Joe era un miembro de la Sociedad de Traficantes de Dinero Podrido. Existía un tipo por encima de él. Tenía que armarme de paciencia.

Oí como descolgaba un teléfono. Luego la señal inconfundible que produce una mano mientras marca el número.

—¿Oiga? —La voz había bajado de tono—. Aquí el número dos llamando al número uno.

Se numeraban como en la clase de párvulos, pero yo había echado mi red en el lugar adecuado. Allí estaba el segundo de a bordo y el primero no quedaba muy lejos. Agucé el oído.

La primera parte de la conversación fue una repetición de cosas que yo sabía porque era el protagonista. El número dos contó al número uno que yo había usurpado la personalidad de Joe Ricco ante los salteadores de la agencia Sloane.

Hubo una pausa. El número dos dio instrucciones.

—Muy bien, lo esperamos. Usted llamará a los demás.

¡Reunión de miembros! El pleno del Sindicato de Compradores de Billetes Apolillados, se iba a reunir en la casa. Era estupendo, algo mucho mejor de lo que yo podía esperar. ¡Todos los jerifaltes al alcance de mi pistola!

Durante unos instantes fui como un infante con zapatos nuevos, pero aquello duró muy poco tiempo, demasiado poco.

Una voz cavernosa sonó a mis espaldas.

—Haga un movimiento y le alojo una bala en el cerebro.

Tragué saliva. ¿Quién sería aquél? ¿Otro que pretendía embromarme como Donald? También el rubio me iba a partir la espina dorsal con una pistola inexistente cuando se encontró conmigo en la estación de servicio. Quizá este sujeto era igual de chistoso.

Me volví rápidamente y antes de que terminase de girar sonó un estampido.

En ningún momento anterior de mi vida he tenido más suerte. El tipo tiró a matar, pero el proyectil encontró en su camino mi pistola, la de Joe Ricco, y la dejó inservible. De todas formas yo no pensaba apretar el gatillo. Estaba demasiado impresionado por la efectividad de su amenaza. Dejé caer el arma aun antes de verlo.

CAPÍTULO IX

Era un fulano robusto, de cara angulosa, ojos muy pequeños y cabello rizado. Hizo una mueca.

—Se la ganó, amigo.

En ese momento se oyó un tropel de pasos y Joe Ricco apareció por el hueco.

Quedóse asombrado mirándose.

—¡Demonios! —exclamó y sus ojos parpadearon mirando alternativamente a su compañero y a mí.

La voz del número dos preguntó desde dentro:

—¿Qué pasa, Joe?

—¡Lo hemos cazado, jefe!

—¿A quién?

—¡Al señor Holden...! ¡Al periodista...! ¡Está aquí!

Se oyeron unos pasos y por detrás de Joe Ricco apareció Thomas Warden, el muerto vivo, el hombre de las manos frías, el mismo que me iba a regalar un coche para pagarlo en veinte años.

Sus labios se distendieron en una sonrisa.

—¿Qué tal, señor Holden? No esperaba su visita.

Joe Ricco también empezó a reír.

—Esto es bueno, ¿eh, jefe?

—¡Eres un imbécil, Joe! —exclamó Warden asaeteándolo con sus ojos despiadados—. ¿Es que no te has dado cuenta de su combinación? Te has creído muy listo al conseguir huir de aquella cabaña y no te has dado cuenta de que todo ello responde a un plan previsto por el señor Holden.

—¡No es posible! —dijo Ricco, la frente transpirada de sudor.

—Sí, Joe. El señor Holden sólo tuvo que esperar a que tú pasases por su lado con el coche para emprender la persecución. De esa

forma lo has traído aquí.

Joe Ricco señaló con el dedo al hombre que me había desarmado.

—¡Mátalo, Bill...! ¡Mátalo ahora mismo!

—¡No hará tal cosa! —gritó Warden. Luego bajó la voz mirando a Ricco—. Estás demasiado nervioso, Joe. Anda, vete a la terraza a que te de el aire. Bill y yo nos encargaremos del señor Holden.

Joe sacudió la cabeza de arriba abajo y se fue a la terraza.

Luego Warden hizo una señal a Bill.

—Anda, Holden —dijo mi verdugo—. Entra en la habitación.

Era una biblioteca y Bill me señaló un sillón. Me senté. Me vino bien. Estaba demasiado cansado.

Warden paseó por la habitación con las manos a la espalda y por fin se detuvo observándome.

—Ha escuchado nuestro diálogo, ¿verdad, Holden?

—No me lo quise perder —respondí.

—Entonces ya sabe cómo he calificado su actuación en este caso. Ahora quiero que recapacite.

—Recapacitaré.

—Hay un millón de dólares en juego. Usted puede conseguir un buen lote de esos billetes. Pongamos diez mil.

—Se olvida del coche.

—Oh, sí. Y un coche último modelo que no tendrá que pagar nunca.

—Muéstreme ahora el reverso de la moneda.

—Lo comprenderá fácilmente. Usted significa un estorbo para nosotros. Tendremos que liquidarlo.

—¿Lo mismo que a Burt Stone y a Frank Sullivan?

—Tenemos abundancia de recursos, señor Holden.

Sacudí la cabeza.

—Creo que usted no va a poder hacer nada contra mí —dije.

Warden se echó a reír.

—¿Qué le hace pensar tal cosa, Holden?

—Yo soy el único que conoce la ubicación de la cabaña donde se encuentran los asaltantes de la agencia Sloane.

—No lo necesitamos para eso. Volveremos a establecer contacto con ellos.

—No, Warden. No podrán.

—¿Por qué no?

—Es muy sencillo —contesté sonriente. No podía contarle la verdad respecto a que me habían vendado, ni tampoco que había quedado citado al día siguiente con Donald en el mismo lugar de aquella noche—. Soy la única persona capacitada para entenderme con ellos y quedamos citados en un plazo y lugar que también yo sólo conozco. ¿Se da cuenta? Dígale a su esbirro que me vuele la tapa de los sesos y usted estará diciendo adiós a un millón de dólares.

Su rostro era de por sí pálido, pero ahora se puso del color del limón. Apretó los dientes.

—Usted nos va a decir todo lo que nosotros queramos, Holden.

Me eché atrás en el sillón y crucé las piernas.

—No, Warden. No me va a sacar nada.

Warden dirigió una mirada a Bill y éste asintió con la cabeza.

—Levántese, Holden —dijo el verdugo.

No me gustó el tono de su voz. Pero él tenía una pistola y me puse en pie. Dio dos pasos hacia mí y levantó el arma para descargarme un culatazo en la cara. Fue demasiado lento. Le sacudí un terrible puñetazo en el estómago y cuando bajó el brazo me doblé hacia un lado. Era una buena oportunidad y le pegué con el filo de la mano en la muñeca. Lo vi muy cerca de mí, di un paso atrás y lo cacé en la mandíbula. Salió despedido rodando por la alfombra como una pelota. Sabía que no me iba a servir de nada la victoria. Metí la mano en el bolsillo para sacar mi pistola, la que había comprado años antes en Nueva York, pero Warden me lo quitó de la cabeza porque me estaba apuntando con un enorme revólver.

—Deje eso, Holden. No me gustaría sacarle las tripas fuera... personalmente.

Bill se levantó arrojando espumarajos rosados por la boca.

¡Te voy a hacer pedazos!

Se abalanzó sobre mí.

—¡No, Bill! —gritó Warden.

Bill se detuvo respirando entrecortadamente y Warden le sonrió.

—No nos conviene una muerte rápida, Bill —declaro—. Antes de que acabe necesitamos que nos indique el camino que conduce al millón de dólares.

Ésa era su única preocupación, cazar la millonada.

—Tiene razón, jefe —asintió Bill—. Y le apuesto doble contra sencillo que antes de dos segundos el chico nos suelta hasta el nombre de la primera muchacha de quien se enamoró.

—Eso está mejor, Bill —dijo—. Anda, llama a Joe. Ya ha tomado el fresco bastante. Joe también tiene motivos para desear una revancha con el señor Holden. Entre tú y él encontraréis algo que será divertido.

Bill se marchó por su compañero.

Warden y yo quedamos solos.

La situación empeoraba cada vez más para mí. Warden me obligó a dar la vuelta y me quitó la pistola que guardó en uno de sus bolsillos, luego se echó a reír.

—La siento por usted, Holden. Cuando le conocí pensé que tarde o temprano sería un elemento de nuestra organización. Es un tipo ingenioso y podía habernos hecho grandes favores desde su columna.

—Sí, haber puesto anuncios como éste: «Honrados hombres de negocios compran dinero ilegal, producto de asaltos y robos a buen precio. Magnífica ocasión».

Hizo una mueca.

—No tiene gracia, Holden.

—Le va a hacer mucho menos lo que le voy a decir ahora.

—¿De qué se trata?

—¿Ha creído que yo iba a venir aquí sin adoptar medidas de seguridad?

—Continúe.

—El teniente Miller sabe dónde encontrarme.

Siguió riendo.

—Oh, no, usted no es de éstos, Holden. Usted sabe que si comunicaba algo a Miller, el asunto no trascendería. Nosotros tenemos suficientes influencias para frenar a ese teniente —hizo un pausa—. ¿Se da cuenta, Holden? Usted ha querido enfrentarse personalmente con nosotros. Nadie sabe que está aquí. Usted vino solo, sin que nadie lo llamase, y ahora tendrá que sufrir las consecuencias.

Era una condenada verdad y preferí no insistir en ello. Había fracasado, totalmente fracasado. No me quedaba el consuelo

siquiera de pensar que con mi muerte se conseguiría algo. Ellos, de un modo u otro, se las arreglarían para iniciar nuevas negociaciones con Buddy Saxon y su pandilla. El millón de dólares terminaría por caer en manos del sindicato, y Buddy y los suyos cobrarían los quinientos mil, se los repartirían y vivirían felices. El triunfo del crimen organizado. Sería la mar de sencillo y tres hombres habrían muerto. Burt Stone, Frank Sullivan y yo, Johnny Holden, el muy ingenioso periodista.

Mis cavilaciones fueron interrumpidas por el regreso de Joe Ricco y Bill. Uno de ellos, Bill, traía en la mano una plancha con un largo enchufe. El otro exhibía una cuerda de cáñamo.

Me miraron sonrientes.

—Todo preparado, jefe —dijo Bill.

Joe Ricco sacó un pañuelo y se enjugó el sudor del cuello.

Bill se movió por detrás de mí mientras Joe decía:

—Anda, Holden. Siéntate.

No me senté en el sillón. Encontré un significado a la plancha y a las cuerdas que no me gustó.

Di un paso hacia Ricco y éste retrocedió con precaución.

Warden dejó oír su fría voz.

—No me canse con sus heroicidades, Holden. Le juro que si mueve una mano le vacío el cargador en el cuerpo.

No bromeaba. Lo consideré muy capaz de llenarme de agujeros y tomarse un Martini para refrescar.

Me señaló con la pistola el sillón.

—Sea un chico obediente.

Fui obediente. Joe Ricco se apresuró a echarme el lazo. Me ató bien los brazos sin dejarme oportunidad para el más ligero movimiento. Luego se puso de rodillas como un árabe que fuera a recitar sus oraciones.

Bill vino hacia nosotros con la plancha en la mano. La mantuvo en alto sonriente, como el presidente de un jurado que fuese a entregar una copa al ganador de un torneo.

—Se calentará pronto —dijo—. Es una buena plancha. Deja los pantalones como ninguna —me señaló los suyos. Efectivamente su raya era impecable.

Transcurrieron irnos segundos. Bill escupió sobre el brillante acero. La saliva saltó chisporroteando y cayó al suelo.

—Anda, Joe —dijo—. Quítale los zapatos.

Joe me cogió una pierna y entonces le pegué un rodillazo en las narices. Soltó un aullido de dolor y cayó hacia atrás, llevándose las manos a la cara.

Warden se acercó a mí y me soltó un culatazo en el mentón. Sentí tanto dolor que creí que iba a perder el conocimiento. Durante más de cinco minutos permanecí insensible. Cuando me recobré, quise mover las piernas pero no pude. Me las habían atado también y ahora tenía los pies desnudos.

Bill escupió otra vez sobre la plancha. Vi brotar un humo azulado.

—A punto de caramelo —dijo con satisfacción.

Joe Ricco se aplicaba un pañuelo a las narices. El pañuelo estaba lleno de sangre.

—Dame la plancha —dijo—. Quiero ser yo el primero.

Bill le cedió la plancha para que iniciase mi achicharramiento. Ahora ya sabía de qué forma habían tratado a Burt Stone. Era un buen preparativo antes de llegar al plato fuerte.

Joe Ricco me cogió por el tobillo y acercóme la máquina. Sentí el calor tan próximo que instintivamente me encogí.

Warden detuvo momentáneamente el suplicio haciendo un movimiento con su pistola.

¿Lo ha pensado mejor, Holden? —preguntó—. Ahora tiene su oportunidad. Sería una lástima que no la aprovechara. Nos va a contar sílaba por sílaba su conversación con los hombres que asaltaron la agencia Sloane. Quiero saber qué clase de acuerdo adoptaron con usted y el lugar dónde convinieron la segunda cita y todos los demás detalles. Estoy seguro de que usted sabe lo que le conviene, Holden. No me decepcione. ¿Qué responde?

No le respondí. Le miré con indignación.

Su rostro se transfiguró de ira.

—¡Adelante, Joe! —ordenó.

Ricco había temido que yo me decidiese a cantar. El prefería que lo hiciese de otra forma, mediante el empleo de su procedimiento patentado.

Me acercó la plancha al pie. Sentí el calor del infierno y el dolor se transmitió en ondas desde mis talones hasta el cerebro.

Cerré los ojos y apreté los dientes haciéndolos rechinar.

Hice un esfuerzo sobrehumano por romper las cuerdas pero sólo conseguí que se hundiesen más en mi carne.

Percibí un olor extraño de carne quemada.

—Retírala —oí que decía Warden.

La debió retirar, pero yo seguí percibiendo el mismo fuego. Mi cuerpo estaba bañado en sudor y lo sentía correr por las cejas, por la frente hacia abajo, en los muslos...

Abrí los párpados. Efectivamente, Bill tenía la plancha en la mano por encima de su hombro. Estaba sonriendo.

Observé mi pie. Había comenzado a hincharse. No sentía la planta. Era como si tuviese ahora allá abajo un trozo de madera. Pero por encima de ella me seguía hurgando el dolor y me llegaba hasta el hueso y me producía calambres en la nuca.

Joe Ricco acercó su cara a la mía.

—¿Qué dices ahora? ¿Verdad que estás dispuesto...?

Fue demasiado atrevido. Yo no podía hacer nada con mis piernas ni con mis manos, pero tenía una cabeza y un cuello y cuando movía éste aquélla podía salir disparada. Hice eso. La disparé. Volví a machacarle la nariz con la frente y sentí el ruido de cartílagos y tejidos que se rompían. Y el verdugo Joe Ricco se desplomó otra vez lanzando un aullido terrible y empezó a moverse en el suelo como el rabo de una lagartija recién cortado.

CAPÍTULO X

Warden endureció los músculos faciales.

—No ha debido hacer eso, Holden. Joe es muy vengativo. Lo de la plancha sólo va a ser el comienzo. Tendrá que pasar por otras pruebas.

Bill no quiso perderse la oportunidad que le brindaban las palabras de su jefe y me golpeó en la cara con el puño cerrado, en la sien, en el pómulos, en el mentón.

Eché saliva, sudor y sangre y me quedé mirando a Warden.

—Escuche —dije—. No va a lograr nada de mí. Considérenlo como una apuesta entre John Holden con John Holden. Siempre ganará John Holden. Pueden asarme a la parrilla, meterme cañas en las uñas o partirme a rebanadas... Me llevaré el secreto conmigo. Quizá consigan el millón de dólares pero no será por mi mediación.

—Está bien —dijo Warden con el pecho agitado por la ira. Luego miró a Bill—. Anda, prueba tú con el otro pie.

Joe Ricco estaba de rodillas, cubriéndose la nariz con el pañuelo. Sus ojos parecían salirse de las órbitas y estaban fijos en mí. En ellos se leía el deseo de matar, pero no de matar de una forma rápida, sino lenta, muy lentamente.

Bill cogió la plancha con el mismo cariño que si tomase con su mano la cintura frágil de una hermosa doncella. Casi la acarició amorosamente. Luego me alcanzó el pie sano y se preparó para asarme.

Los ojos sádicos de Joe Ricco estaban fijos en las manos de Bill.

En ese instante se abrió la puerta y Dean Johnson, el presidente de la Rutel Company, el hombre en quien Jayne había producido un grave impacto, apareció en el hueco. Detrás vi tres o cuatro cabezas más.

Penetraron todos en la estancia. Bill interrumpió su trabajo.

Efectivamente eran cuatro hombres incluido Johnson. Éste paseó la mirada por todos cuantos nos encontrábamos en la biblioteca y por último la detuvo en mi persona.

—¿Cómo va eso, Holden?

—De primera —contesté—. Sus amigos y yo nos estamos divirtiendo horrores. Debió darse prisa. Se ha perdido el comienzo.

—Es usted un testarudo —dijo Johnson—. Le advertí que se apartase de nuestro camino.

—¿Qué camino?

Sus pupilas chispearon.

Debió oler la carne quemada y no le gustó. Era un hombre muy sensitivo. Hizo un gesto como diciendo: «Apártenme de aquí esa basura», y luego se dirigió a Warden.

—Que se lo lleven. Nosotros tenemos que hablar.

Joe Ricco y Bill se pusieron en pie, el primero sin dejar de esconder su destrozada nariz en el pañuelo.

Warden hizo un gesto afirmativo.

—Ya lo habéis oído, muchachos. Llévadlo al sótano.

—Eso va a ser ahora mismo —asintió Bill y se dirigió a mí en particular—. No te creas que esto terminará. Seguiremos abajo a solas. Será un acto más íntimo.

—No le hagáis nada hasta nuevas órdenes —dijo Johnson.

Bill y Joe hicieron una mueca de disgusto pero finalmente se encogieron de hombros dando su conformidad.

Bill tuvo una buena idea. Me desprendió de las cuerdas que mantenían atadas mis piernas.

—Anda, ponte en pie —dijo—. Vas a venir con nosotros.

El sabía que no podía ponerme en pie, mejor dicho que sólo podía valerme de uno de ellos. De todas formas traté de apoyar la planta quemada e instintivamente lo encogí.

—Vamos, anda de una vez —dijo Bill empujándome.

Cojeando, mordiéndome el labio para soportar el dolor, salí de la biblioteca seguido por los dos gorilas.

Cruzamos el *hall* y Bill abrió una puerta. Delante de mí vi una escalerilla.

—Anda, pasa —dijo Bill.

Crucé a la otra parte y de pronto Bill me pegó un empujón en la

espalda. Bajé dos o tres peldaños apoyando el pie herido en el suelo para evitar caer, pero finalmente el dolor fue tan intenso que perdí el equilibrio. Caí al suelo y reboté hacia abajo una, dos, tres media docena de veces hasta que por fin llegué al fondo.

Oí las carcajadas que lanzaban los tipejos desde la parte superior.

Encendieron la luz. El sótano era bastante espacioso. Al fondo había un montón de cajones. Pensé que quizá contenían botellas de champaña que los miembros del Sindicato bebían durante las sesiones del consejo. Podían pagarse ese lujo.

Bill y Joe descendieron tomándoselo con calma. Joe miró hacia el techo y permaneció así un rato tratando de contener la hemorragia de su nariz, pero no lo consiguió. Vio todo su pañuelo manchado de sangre y se dirigió a Bill:

—Oye, muchacho. Esto es importante. Tienes que curarme enseguida.

—¿No quieres ajustar cuentas antes con nuestro cliente?

Joe me enseñó la dentadura.

—Habrà tiempo luego —dijo—. Le tengo ganas. Te juro que le tengo ganas, pero primero quiero que me cures. Cierta vez vi desangrarse a un compañero. Fue por una simple herida en el cuello, pero le habían roto una vena importante. Este tipo puede haber hecho lo mismo conmigo.

—Nadie se muere por una hemorragia de nariz —opuso Bill.

—Siempre padecí de hemorragias nasales y me costaba mucho trabajo cortarlas. Y este tipo me la ha roto. No quiero jugar con esto. Anda, Bill. Subamos.

Bill titubeó unos instantes, pero finalmente, dijo:

—Está bien. Iremos —me señaló con el dedo—. Pero no te creas que te va a durar mucho el descanso, muchacho.

El muy bruto me atizó un patadón en un costado y pensé que me había cambiado de lugar el hígado y el riñón.

Otra vez creí que iba a perder el sentido, pero me dije a mí mismo que tenía que soportarlo.

Subieron y desaparecieron cerrando la puerta con fuerza.

Resoplé tratando de recuperar el aliento y cuando lo conseguí me puse a mirar a mi alrededor.

Observé otra vez los cajones. ¿No contenían botellas? Sí; el truco

era tan antiguo que daba risa pensar en ello. Yo tiraba abajo un cajón y se deshacía dejando al descubierto las botellas. Rompía una de éstas y yo me desataba cortando las ligaduras con los cristales.

Me dirigí tambaleante hacia aquel lugar. Apoyé la espalda en un cajón y lo empujé con todas mis fuerzas. Necesité tres o cuatro intentos para tirarlo.

El cajón cayó, pero yo no oí ningún estrépito de cristales. Entonces volví la cabeza y me quedé asombrado. Allí había billetes, muchos billetes, a centenares.

¡Por todos los infiernos! ¡Era dinero podrido! ¡El dinero sucio, los billetes malditos procedentes de robos y saqueos que el sindicato compraba a bajo precio para colocar luego en el extranjero! La prueba necesaria para mandar aquellos individuos a presidio.

«Estupendo, Johnny. Eres un tío grande. Lo has conseguido, muchacho. Ya tienes los billetes, ya puedes demostrar al mundo la clase de tipos que son los Johnson, los Warden y compañía. Negociantes inmorales de alto copete, la crema de la delincuencia, la aristocracia de los infractores de la ley... Magnífico, Johnny, pero ¿de qué te sirve todo eso? Estás cogido, atrapado. No puedes hacer nada. Ahora están celebrando tu juicio allá arriba, ¿o es qué no te sentenció ya Warden?».

Moví la cabeza de un lado a otro. Debía de estar a punto de volverme loco.

Vi brillar algo al fondo, junto a la pared. ¿Qué era aquello?

Eché a andar. Un paso. Otro paso. El objeto refulgía más. Y de pronto me quedé boquiabierto observando mi descubrimiento. Era una azada. Una maravillosa azada que debía utilizar un jardinero.

Observé su filo cortante, metálico. Debía darme prisa, mucha prisa. Bill y Joe no tardarían en llegar y ambos vendrían con ganas de jugar a un rato conmigo, a pesar de la advertencia de su jefe de que me dejasen en paz. Era su hora y querían aprovecharla bien.

Me tendí rápidamente en el suelo y busqué la parte de la cuerda cuyo corte me podría beneficiar más. Creí encontrarla y me dediqué entusiasmadamente a pasarla una y otra vez por el filo.

Conté sesenta segundos y después otros sesenta. Tenía la mirada fija en la puerta de arriba, esperando que de un momento a otro se abriese para arruinar mis remotas posibilidades.

Redoblé mis esfuerzos. Los latidos de mi corazón se asemejaban

a cañonazos, por los menos eso me parecía a mí.

De repente me llegó el eco lejano de una conversación. Los dos gorilas regresaban.

Apreté con tanta fuerza el azadón que la hoja resbaló fuera de mi alcance.

Mis ojos se fijaron en el tirador de la puerta. Se oyó un ruido de pasos. Separé las manos cuanto pude, alejándolas una de otra con todas mis fuerzas. Creí que mis huesos iban a crujir de un momento a otro. No conseguí nada. Las cuerdas no cedieron.

El tirador empezó a moverse. La puerta se abrió unas pulgadas.

—¡Eh, Bill! —Oí la voz de Ricco.

—¿Qué pasa ahora? —contestó desabridamente Bill.

—Se me ocurre que podemos hacer una cosa con el chico de abajo.

—¿El qué?

—Llenamos un balde de agua, lo cogemos por los pies y lo clavamos dentro. De esa forma cumpliremos la orden del jefe. No lo lastimaremos.

—¿Y si se ahoga?

—Oh, tendremos cuidado de que trague la ración de agua suficiente. No se ahogará.

Holden mismo se encargará de seguir viviendo.

Bill vaciló unos instantes.

—Está bien —dijo por lo bajo—. Creo que será divertido.

La puerta se cerró otra vez.

No supe si dar un suspiro de alivio. Tenía unos minutos más a mi disposición, pero ¿y después...? Los muy condenados me iban a hacer tragar agua a grandes raciones.

Puse otra vez la cuerda sobre el filo de la asada y volví a mi ejercicio gimnástico.

Un minuto... medio minuto... Otra vez los pasos.

Tiré apretando los dientes, cerrando los ojos, y de pronto la cuerda cedió. Entonces todo fue a una. Sólo tuve que tirar y tirar para que se fuesen ensanchando mis ligaduras. Saqué los aros por las piernas y miré hacia arriba. La puerta continuaba cerrada.

Recuperé el resuello. Observé a mi alrededor. Sólo tenía un arma a mi alcance. La azada. La cogí por el mango y corrí rápidamente escalera arriba a pesar del dolor de mi pie. Me puse tras la puerta.

Tenía muy poco espacio para moverme. Apenas unas pulgadas.

Oí que se acercaban. Tuve suerte. Podían haber mirado desde arriba. Pero no fue así.

Primero entró Bill y luego Joe.

De súbito, Bill se detuvo con la mirada fija en el lugar en que yo debía estar.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —murmuró.

Yo tenía el azadón cogido por ambos extremos sobre mi estómago y me abalancé sobre ellos. Les pegué un buen embate por las espaldas. Fue tal el ímpetu que también estuve a punto de caer. Los vi desplomarse y rodar hacia abajo lanzando aullidos, maldiciones.

Salté detrás de ellos con la azada en la mano por si acaso me hacía falta. Joe quedó más cerca de la escalera.

Intentó meter la mano en la funda de la sobaquera, pero le solté un puñetazo en la mandíbula con la derecha y lo envié al mundo de la inconsciencia.

Me volví rápidamente cuando ya Bill tenía la pistola en la mano. Hubiese podido seccionar su muñeca con la azada del jardinero, pero no soy sádico. Bastó un golpe seco de la plancha metálica en la mano armada. Le debí aplastar unos cuantos nudillos, porque lanzó un aullido de auténtico dolor.

No me gustó que sufriese y le solté otro trallazo en la carótida. Allí quedó completamente desvanecido, como su compañero.

Di un beso a la madera de la azada y la tiré lejos de mí.

Cogí una pistola y me la puse bajo mi cinturón, Esgrimí otra con la diestra. Preparado para mi aventura, ascendí cojeando por la escalera, alegre como un chiquillo que acababa de atrapar su primera rana.

Abrí la puerta y esperé unos instantes.

No; nadie se había apercibido de la lucha.

Crucé el *hall* y me detuve ante la puerta de la biblioteca. Oí voces.

Abrí de golpe y me colé con la pistola en la mano.

Los miembros del Sindicato de los Billetes Malditos rodeaban una mesa escuchando la voz de su jefe.

Johnson estaba diciendo algo en aquel momento relacionado con el millón de dólares.

Decía que no lo iban a perder, pero se quedó a media palabra mirándome con ojos enfurecidos.

Los demás fulanos también volvieron la cabeza y pegaron sendos brincos en sus sillas, asombrándose de mi aparición.

—Bien, amiguitas —dije—. Éste es el final del trayecto.

—No sea estúpido, Holden —repuso Johnson—. ¿Qué cree que va a conseguir con esto?

—Soy un muchacho que se contenta con muy poco —respondí—. Me bastará con que cada uno de ustedes permanezca una veintena de años entre rejas.

Johnson sonrió.

—Me gustaría saber de qué forma va a lograr eso... Usted está loco, Holden. Se ha tomado demasiado en serio su papel de héroe, y para tipos fantásticos ya tenemos bastante con las historietas de *Superman*... Usted no puede hacer nada contra nosotros, y lo sabe. Somos demasiado fuertes. Usted conoce por experiencia lo que le pasó a Frank Sullivan. Lo traje a casa para dictarle unas cartas relacionadas con mis negocios particulares. Casualmente, cuando estábamos en el trabajo nos interrumpió la llegada de Warden. Salí fuera a la terraza y Frank Sullivan cometió una torpeza. Se acercó a una ventana abierta y pudo escuchar la conversación. La juzgó interesante y la transcribió. Ése fue el comienzo de su desgracia. Acúsenos ante la policía... Yo le diré lo que ocurrirá. La ciudad entera se carcajeará de usted, de Johnny Holden.

—No, amigo. Esta vez le salió mal la combinación. He permanecido unos minutos en el sótano y he encontrado allí algo muy interesante. Unos cajones que contienen crujientes billetes de la Tesorería de los Estados Unidos.

Johnson empezó a palidecer y sus compañeros exteriorizaron su emoción lanzando exclamaciones.

Yo seguí sonriendo mientras decía:

—Le apuesto doble contra sencillo a que la policía considerará muy interesante el cotejo de la numeración de esos billetes con los procedentes de robos, asaltos y otros delitos de la misma familia.

Thomas Warden se puso en pie de un salto y me apuntó con el dedo.

—¡Usted lo que quiere es dinero, Holden! Está bien. Terminemos de una vez. Ponga precio.

Hubo unos segundos de silencio tenso, espeso. Todas las miradas convergían en mí. Vi bocas abiertas, ojos grandes, cejas enarcadas. Todos esperaban mis palabras. Una cantidad, un precio. Sólo eso. Iban por el mundo a golpe de billetes. Hombres y mujeres del planeta giraban alrededor del vil metal. No podía haber nadie que dejase de desearlo.

Era la clave, principio y fin. Billetes, plata, oro.

No quise que padeciesen demasiado.

—No, compañero. No quiero dinero.

—¿Qué está diciendo? —Gruñó Dean Johnson—. Y lárguese de una vez y le daremos diez mil.

—No.

Warden se pasó el dorso de la mano por la boca nerviosamente.

—Veinticinco y no se loable más.

—Ustedes pierden su tiempo. No tienen nada que hacer. Lo van a pagar.

Vi por primera vez sudar a Warden. Aquel sapo transpiraba por todos sus poros, desde la cabeza a los pies.

—¿Es su última palabra? —preguntó Johnson.

—Sí. No puede haber otra.

—Está bien. Usted se lo ha buscado. Tire contra él, muchacho.

De pronto me di cuenta de que había dejado la puerta abierta. Podía ser un truco de Johnson, pero también podía ser verdad.

A ustedes les parecerá que transcurrió un sinfín de tiempo mientras por mi mente pasaban esos pensamientos, pero no fue así. Fueron décimas de segundo.

Salté por instinto de conservación mientras hacía girar la pistola. No era Bill ni Joe. Era un tipo nuevo. Sólo vi que era muy alto. No hubo tiempo para más. Tenía un arma en la mano. La había disparado a destiempo, justo cuando yo me desplazaba de lugar. El proyectil me enganchó por el hombro y tuve la impresión de que me iba detrás de él. Apreté dos veces el gatillo de mi pistola me tambaleé hacia la pared y vi cómo la cara del individuo se arrugaba. Se puso triste, muy triste, y luego empezó a doblarse y a hacer unas cosas raras. Quizá se acordaba de sus padres, de los alegres años de su niñez. Era un tipo que se ganaba la vida con la pistola.

Abrió la boca para decir algo y se desplomó.

Un sexto sentido me advirtió peligro procedente de la mesa donde estaban los miembros del sindicato. Vi a Warden con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta y observé que lo que sacaba era algo muy negro que brillaba mucho.

Le descerrajé un tiro y la bala le penetro por las fosas nasales. Murió instantáneamente.

Otros de los individuos quiso imitarlo. Logró disparar, pero lo hizo con tanto miedo que la bala pasó a un metro arriba de mi cabeza.

Le envié mi respuesta. El insecto de plomo le picoteó en el pecho, justo en el centro.

Lanzó un rugido, golpeó contra la mesa y se fue abajo.

Había cundido la alarma. Johnson corrió hacia una puerta que había al fondo. Un par de sus amigos pretendieron ir tras él.

—¡Quietos todos! —grité.

Dejaron de correr y se volvieron temblorosos como flanes recién salidos del horno.

Hice rechinar los dientes. Tenía que contener mis deseos de seguir escuchando los agradables fuegos de artificio que brotaban de mi mano a una orden de mi cerebro. Eran basura, miseria del mundo. Estaban de más pero yo no era quién para decidir sobre su suerte. Ahora, los grandes tribunales humanos tendrían a su disposición esas cosas que se llaman pruebas y con las que podrían enviarlos a presidio.

Una puerta se abrió de golpe y oí pasos precipitados.

Me pegué a la pared y con la mano libre saqué la pistola que tenía en el cinturón. Cubrí el hueco de la puerta esperando que alguien entrase para voltearlo. Hablé por la comisura de la boca.

—Si ustedes se mueven una pulgada, les juro que no lo cuentan.

El teniente Miller entró como un ciclón en la estancia. Por fortuna no perdí la serenidad y me abstuve de apretar el gatillo.

Detrás de Miller se coló un enjambre de policías. El teniente detuvo al fin su carrera y contempló el brillante aspecto que ofrecía el despacho. Frunció el ceño y finalmente detuvo la mirada en mí.

—Se salió con la suya ¿eh...? ¡Condenado periodista...! ¿Se da cuenta de lo qué ha hecho...? ¡Ha matado...! Le sonreí.

—Sí, teniente. He matado pero no tuve más remedio. Ahora es su turno. Ordene a sus agentes que vayan inmediatamente al

sótano. Allí encontrarán un par de angelitos y unos cuantos cajones que contienen billetes marcados, billetes que proceden de todas partes del país. En menos de cinco minutos usted cotejará su numeración. Con ese dinero podrán enviar a estos hombres al infierno —hice una pausa—. Esta noche será de caza mayor para usted, teniente. Podrá echar el guante también a los tipos que asaltaron la agencia Sloane. Estaban en trato con estos individuos, para sacar el botín del país.

Le di el número del teléfono, indicándole que los *gángster* se refugiaban en una cabaña. Para la policía resultaría sencillo localizar el refugio de Buddy Saxon y sus muchachos. Sólo tenía que hacer una pequeña investigación en la compañía telefónica.

Miller se quedó con la boca entreabierta y se volvió rápidamente hacia sus hombres.

—¿Qué están esperando...? ¡Luke...! ¡Dunkan! ¡Vayan al sótano! Sargento Norton, pida refuerzos y encárguese de lo de esa cabaña. Los demás que esperen —miró otra vez.

—¿Como dio conmigo, teniente? —inquirí.

—Usted se escabulló bien, pero por fortuna su chica nos dio aviso cuando Joe Ricco huyó supuestamente de la cabaña. Sólo tuvimos que esperarlo a la entrada de Nueva York y seguirlo.

—¿Así que ustedes han estado fuera de la casa?

—Sí, señor. Todo el rato —sonrió irónico—. ¿Qué quería que hiciese? Tenía que darles cuerda a todos. A ellos y a usted. No podía meterme, aquí a detenerlos sin prueba alguna. Supuse que usted estaría en el buen camino y que, si le daba un poco de tiempo, metería las manos en la olla.

—Es usted muy listo, teniente, pero me lo han hecho pagar —señalé mi pie—. Me plancharon como un traje arrugado.

Una voz femenina rasgó el aire en ese momento. Se oyó un rápido taconeo y Jayne penetró corriendo en la habitación. Se detuvo mirándome con los ojos muy abiertos y al ver mi pie hinchado lanzó un grito y corrió a mi lado.

—Oh, Johnny... ¿Qué han hecho contigo?

La besé en los labios, en el cabello y en la oreja.

—No ha sido nada, nena.

Los hombres de Miller estaban sacando de allí a Johnson y sus compadres.

Luke llegó procedente del sótano.

—¡Infiernos, teniente! —exclamó—. Hemos encontrado la cueva de Alí Babá. Billetes por miles.

El teniente me miró haciendo una mueca.

—Enhorabuena, periodista. Es suya la recompensa de cincuenta mil dólares de la agencia Sloane.

Levanté la mano e hice un aro con mis dedos pulgar e índice.

Jayne alzó la cabeza y dijo:

—Oh, Johnny. No podemos esperar a que cures esa pierna.

—¿Esperar a qué?

—A casarnos.

—Bueno, será cuestión de días —dije. De repente recordé las notas de la marcha nupcial de Mendelsshon y no me gusto mucho. ¡Yo casado! Algo increíble.

—Oye, nena —empecé a decir, pero ella me atajó.

—Será ahora mismo, Johnny. Aunque tengas que ir a la pata coja. Encontraremos un juez.

Hice una mueca al teniente, el cual sonreía pasando su gran rato.

Jayne me rodeó con un brazo por la cintura y echarnos a andar hacia la puerta. Deseé que todos los jueces estuviesen durmiendo. Con un poco de suerte, quizá Jayne no encontraría ninguno.

Pero lo encontró.

¡Infiernos! ¡Les juro que lo encontró!

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).